

BREVIARIO DEL

DADOR ALEGRE

Carlos T. Gattinoni

Dar a Dios, a través de la Iglesia, significa dar con alegría. Esto es, ofrecerle agradecidos parte de lo que Él ha puesto en nuestras manos: energías, tiempo, interés, dinero... Como toda actitud cristiana requiere un aprendizaje. Esta obra de Carlos T. Gattinoni, como su título lo indica, es el "manual" donde, nutriéndose de la doctrina bíblica, el cristiano aprenderá a ofrendar y ofrendarse con alegría.

RECONOCIMIENTO

A cuantos con su mayordomía me han inspirado y dado alto ejemplo, y que son más numerosos que los que podría mencionar,
a cuantos por sus escritos y reflexiones orales me han educado en este aspecto de la vida cristiana,
a la Iglesia Evangélica Metodista que me ha brindado y brinda aún, tantas oportunidades de poner en práctica esta doctrina,
al Sr. Pablo La Moglie que me estimuló a escribir esas páginas, y a mi hermano Eduardo J. Gattinoni, cuyas conversaciones sobre el tema me iluminaron, y por haber leído con paciencia el primer borrador y hacer valiosas sugerencias,
a la Editorial La Aurora, a Methopress, y la Srta. Maritza Manukian, por su invaluable ayuda,
expreso mi sentido agradecimiento.

C.T.G.

Palabras previas	7
Cap.	
1. LA CUESTION CENTRAL	9
2. EL PROBLEMA DEL PAN	19
3. EL DINERO Y LAS ACTITUDES BASICAS	31
4. PONIENDO EL DINERO EN SU LUGAR	45
5. INSIGNE PRIVILEGIO	61
6. SENTEMONOS A HACER NUMEROS	75
7. EL DON DE LA GRACIA Y SUS DONES	89

PALABRAS PREVIAS

En esta obrita vamos a hablar de dinero. ¡No me digas que no te interesa! pues no puedo creerte a menos que me pruebes fehacientemente que nunca te has quejado del alto precio de las cosas, del aumento de los servicios públicos y de los impuestos, salvo que ya tengas tanto dinero que por eso no te preocupa. Pero en ese caso se me ocurre una traviesa pregunta: ¿Por qué no te desprendes de él y lo das? ¡Hay tantos que se interesan de veras en él! ¡Y hay tantas causas nobles que padecen por falta de él! La verdad es que si en la eternidad el dinero no tiene curso legal, aquí en la tierra nadie puede vivir sin él.

O, tal vez, me digas que no te interesa el dinero, pues eres persona espiritual. En ese caso pretendes ser más espiritual que Jesús. ¿O no sabes que la sexta parte de los dichos de Jesús que el Nuevo Testamento nos conserva, aluden directamente a las cuestiones financieras? ¿O que son más de treinta los pasajes del Nuevo Testamento que rozan el tema? Es evidentemente una cuestión que mucho preocupó a Jesús, y después de él a Pablo, porque si bien el dinero es material, nuestras relaciones con él comportan actitudes espirituales. Tan es así que muchas, pero muchas veces, por la región de finanzas pasa el límite de nuestra fidelidad cristiana.

En las páginas que siguen vamos a esmerarnos por conocer qué es lo que el Nuevo Testamento nos enseña al respecto; y por consiguiente, no intentaremos ser originales, ni aventuraremos opiniones personales que no se alimenten precisamente de lo que nos enseña la Palabra de Dios.

Con gusto nos avenimos al pedido de los editores de escribir en forma sencilla, para el laico común de nuestras Iglesias, sin entrar a reproducir los estudios en profundidad que otros han hecho y a los cuales tienen acceso los más acostumbrados a las disciplinas intelectuales. Nos atendremos al lado práctico de las cosas y a buscar el mensaje que a nosotros nos dan las Escrituras en el día de hoy. Al hacerlo así estamos lejos de desdeñar el valor e importancia de las obras más profundas y de mayor erudición.

Y si algún lector puede decir que la lectura de las páginas que siguen le ha hecho bien y ayudado a descubrir una nueva dimensión de la vida cristiana, el propósito que nos anima habrá sido cubierto.

C.T.G.



CAPITULO 1

LA CUESTION CENTRAL

¿Qué dice el Nuevo Testamento sobre el asunto que nos ha de ocupar en estas páginas? No analizaremos exhaustivamente los textos bíblicos, tarea a que eruditos ya se han dado y que han de seguir dándose.

Escogeremos algunos que, de un modo claro, pongan en evidencia diversos aspectos del tema de nuestra relación con los bienes materiales.

Empezamos con un pasaje del Sermón del Monte¹, que nos lleva al corazón mismo del asunto y nos encara con la cuestión esencial. Ahí encontramos la categórica declaración de no poder el discípulo de Jesús servir a dos señores: No se puede servir a Dios y a las riquezas. Es que el Evangelio es un llamado a una definición, a un pronunciamiento claro respecto de a quién reconocemos como suprema autoridad. Por lo tanto, el problema se plantea como una disyuntiva entre cuyos términos hay que optar: Dios o las riquezas. Desde luego que no es ésta la única con que el llamado de Cristo nos encara: Dios o César, Dios o nuestros familiares, etc. En términos modernos se nos plantea el dilema entre Cristo y las ideologías. Según Jesús, para el cristiano nada en el mundo tiene derecho a igualarse a Dios en autoridad. Esto de las ideologías es tema harto interesante y de dilatada extensión. Pero como no queremos alejarnos del nuestro, nos ceñimos a una ideología moderna (que no es tan moderna que digamos): la del dominio de las cosas. En esta sociedad de consumo en que vivimos, toda la propaganda nos presiona para que compremos más y más cosas y pretende hacernos sentir que sin ellas la vida carece de sentido y que la felicidad, por ende, nos elude definitivamente. Se ha aseverado que la nuestra es una época "cosista". Cuando la fiebre por poseer cosas nos domina, el criterio con que administramos nuestros dineros, o en términos más amplios nuestros bienes materiales, es uno de autonomía. Nos ubicamos así en abierto conflicto con el llamado de Cristo: "Sígueme tú".

En efecto, el Evangelio es un llamado a reconocer que Jesucristo es el Señor. Estas palabras² constituyeron sin duda una de las primeras confesiones de fe cristiana. ¿Qué significa declarar que Él es nuestro Señor? Que Él es la norma absoluta de todas las cosas, la autoridad suprema con nadie compartida y en nadie delegada; y que en consecuencia su voluntad nos marca el derrotero de nuestra vida. Como se

ve, esto comporta un llamado al sacrificio, a la abnegación al reclamar de nosotros una plena consagración a su querer, cosa a la cual no estamos de primeras dispuestos a acceder. Más nos seduce el llamado a la autoafirmación y al autoengrandecimiento que nos hacen las riquezas. Está claro que ambas demandas son irreconciliables, excluyentes y nos obligan a optar.

Dicho de otro modo: Aquí nos vemos confrontados con una decisión última: Dios o qué, ha de ser lo supremo para nosotros. La invitación del Evangelio es a entregarnos en forma incondicional y absoluta al Señor. La relación con Dios, como posesión exclusiva suya, es totalitaria. “El cristiano no tiene tiempo libre para no ser cristiano, como no lo tenía el esclavo de antaño para sus cosas.” El siervo del Señor no tiene franco como para dejar de ser, aunque fuese por unas horas, siervo de Dios³.

De ahí que el llamado de Cristo sea: “Deja aquello y sígueme”. “Aquello”, será cualquier cosa que pretenda usurpar una pizca de la autoridad soberana de Dios. Puesto que al joven rico lo estaban dominando sus posesiones, la invitación es a dejarlas. Cristo no vacila en exigir un desprendimiento doloroso para liberarnos de cuanto resulte esclavizante y darnos así una verdadera independencia de la tutela de las cosas, o de lo que fuere.

Exclusivismo tal se debe a la propia naturaleza del caso. O Dios es el Señor y siempre primero, o no es Dios. Le servimos primero, o no le servimos de ninguna manera. Amar a Dios es servirle, servirle es amarle. De ahí que para Jesús el primero y grande mandamiento sea: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”⁴ o sea: Le amarás totalmente, con el ser entero. Esto resulta imposible si los bienes materiales nos poseen. Alguien ha formulado la pregunta: “¿Puede tenerse dinero sin dejarse poseer por él, sin amarlo, sin servirlo?”⁵

El desafío básico de Dios es: “Hijo mío, dame tu corazón”⁶, dame el centro de tu vida, el trono de tu existencia. Porque “donde estuviere tu tesoro estará tu corazón” y viceversa. ¿Qué harás tú? ¿Qué haré yo? ¿Cómo le responderemos? A Él no le contestamos con palabras, sino con actitudes fundamentales. Recordemos su severa admonición: “No todo el que me **dice** Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre.”⁷

Estamos hablando de la conversión. Cuando alguien se convierte a Cristo, se apodera del tal una convicción básica: Saber que no se pertenece a sí mismo, sino a Dios. Esta convicción corre pareja con la terminante declaración bíblica: “No sois vuestros”. Consagración quiere decir entregar a Dios nuestra vida entera sin

retaceos; haciendo lo cual sólo venimos a darle lo que es suyo. Lo entendió así David al dirigir al pueblo en oración para presentarle la ofrenda para el Templo: “Todo es tuyo y de lo recibido de tu mano, eso te damos.”⁸

A menos que esta verdad haya sido incrustada en nuestras conciencias por el Espíritu Santo, no estamos convertidos. Ello nos obliga a reconocer que carecemos de derecho absoluto alguno sobre nosotros mismos: sobre nuestras personas y nuestras cosas. El que nos asiste es un derecho derivado —o acaso sea más exacto decir un deber—, el de ser sus administradores, ministros, siervos, gerentes, mayordomos.⁹

Tal convicción contradice frontalmente al concepto pagano de la vida. “El pagano es el hombre natural y el hombre natural es de todos los tiempos”, ha afirmado con razón Alberto Finet. Corrientemente el hombre se halla en rebeldía contra el señorío de Dios. Pretende ser su propio Dios, y no reconocer otra autoridad por encima de sí mismo. Esta es la esencia de la tentación descrita en Génesis 3. El hombre pagano, sea civilizado o primitivo, quiere manejar su vida a su antojo. La experiencia cristiana de la conversión significa la crucifixión del hombre natural: es su abdicación al trono de su vida a favor de su legítimo dueño, Dios. De ahí en más, sabemos que cuanto somos y tenemos es de Dios y ha de ser conscientemente empleado y dirigido conforme a su soberana y santa voluntad.

Esto cala hondo en toda nuestra concepción de la propiedad. “¡La propiedad es mía!”, grita desafortadamente el individualista aferrado al sistema capitalista. “¡La propiedad es de la sociedad (o del Estado)!”, gritan con no menor vigor quienes reclaman una socialización de la economía. La Biblia dice otra cosa: “**Del Señor** es la tierra y su plenitud.”¹⁰ La tierra es de Dios. Nuestra feraz pampa húmeda, el ganado que engorda con sus pastos y pasea por sus praderas, las frutas de los valles y montes, las minas de nuestras montañas, las plantaciones de las diversas zonas, la riqueza de los ríos y de los mares, los yacimientos petrolíferos sean fiscales o no, todo, todo es del Señor. Es natural que tal doctrina disguste vivamente a los que se tienen por dueños absolutos de estas cosas y se horrorizan ante la idea de que hayan de serles quitadas para ponerlas al servicio de toda la humanidad.

Esta doctrina que llamamos la **mayordomía**, se desprende directamente de la que es cardinal de nuestra fe, a saber, que “Jesucristo es el Señor”. Son muchas las consecuencias que de ella se derivan en el campo de las finanzas. Tendremos ocasión, un poco más adelante, de ver algunas de ellas. Pero, entiéndase bien, que no se limita a la esfera de lo pecuniario, sino que abarca la totalidad de nuestro quehacer. Cuanto hagamos o digamos ha de estar enderezado a la gloria de Dios.¹¹

Sería una muy pobre manera de glorificar a Dios si, por pretexto de pensar en Él, hiciéramos mal las tareas que se nos confían. La piedad no sustituye la diligencia, el esmero y la fidelidad en la faena. ¡No glorificaba a Dios aquel buen hermano que a la hora del trabajo le hurtaba tiempo al mismo para leer la Biblia que tenía escondida en el cajón del escritorio!

Uno comprende la impaciencia del Dr. Hensley Henson, al oír que le ofrecían a un excelente “hombre de Iglesia”, pero plomero mediocre. “Lo que necesitamos –dijo por teléfono- es un plomero competente para este trabajo y no un santo inepto. ¡Por favor mándeme al ateo!” Obrar con sentido de mayordomía significa efectuar lo que tenemos que hacer de la mejor manera que esté a nuestro alcance. Es más religiosa, más cristiana, la actitud del que hace su trabajo bien, aún cuando se llame ateo, que la del cristiano si lo hace mal. Si pertenecemos a Cristo le pertenecemos siempre. Se ha de ser de Él en toda circunstancia o en ninguna. No podemos separar nuestra vida en estancos en algunos de los cuales se reconoce el señorío de Cristo y en otros no. La vida es indivisa.

Todo esto tiene consecuencias de largo alcance: Decir: “Jesús es el Señor”, es no sólo confesar nuestra fe, sino reconocer la responsabilidad que ella comporta, la cual invade todo el ámbito de nuestras relaciones humanas. “Convertirse a Dios como Padre, es convertirse al prójimo como hermano”. No podemos encerrarnos en nuestro trabajo y en nuestros intereses materiales ignorantes, despreocupados, indiferentes en cuanto a los efectos que esa actividad nuestra tiene sobre el semejante. No podemos decir: “No es asunto mío”, por cuanto Jesús nos enseña que lo es, ya que somos guardas de nuestros hermanos. El sentido de mayordomía nos dará una nueva actitud hacia la vida, en la intimidad del hogar, y frente a las cuestiones sociales, actitud que no puede ir dictada por intereses de clase, o prejuicios de raza o nacionalidad, sino por el espíritu y ejemplo de Cristo. Una clara comprensión del alcance de todas estas cosas nos tornaría mucho más activos en santificar no sólo la vida personal, sino también la social.

Toda vez que en la práctica (cualquiera sea nuestra declaración teológica) se desconoce esta obligación de mayordomía, se ignora simultáneamente la soberanía de Dios: Nos alzamos contra el señorío de Jesucristo y contra la dirección del Espíritu Santo. La medida de nuestra resistencia a vivir en mayordomía, es la medida de nuestra resistencia a aceptar el señorío de Cristo sobre nuestro ser. Hay cristianos a quienes parece costarles mucho creer de veras que todo cuanto tienen y son, a Dios pertenece. Un próspero labriego oyó un domingo la predicación del obispo Hughes sobre el tema. Insistió luego en llevar al obispo a almorzar a su casa,

después de lo cual salieron a recorrer el campo, y el hombre le dijo: “Todo esto eran malezas, que nada producían. Con mi duro trabajo de años he conseguido convertirlo en lo que usted ahora ve. ¿Cómo puede decirme que esto no me pertenece?” Rápidamente el Dr. Hughes le contestó: “¿Puede repetirme la pregunta dentro de cien años, por favor?” “¡Las mortajas no tienen alforjas!”.

En esta región de las finanzas es donde muchos le ponen límite a su fidelidad a Jesucristo. Esta es la razón por la que Jesús tuvo que plantearlo como un dilema. Lo que importa saber es quién ha de ser nuestro dios: Dios o los bienes materiales. ¿A quién reconocemos como nuestro Señor cuando llega el momento de las decisiones concretas? ¿Cristo o los criterios financieros y económicos de nuestra actualidad? ¿Cristo o nuestro estándar de vida? La cuestión es fundamentalmente seria y va a la raíz misma de nuestro ser cristiano. No podemos ser cristianos auténticos y a la vez hacer lo que nos venga en ganas en cuestiones de dinero.

Es clarísimo que reconocer el señorío de Cristo puede ser peligroso para nuestros intereses materiales. A Zaqueo le costó dinero seguir a Jesús. El joven rico se negó a seguirle por parecerle excesivas las exigencias del Maestro. Pero tú y yo tendremos que tomar la decisión de Zaqueo o la del joven rico: ¹² Recibirle con gozo o alejarnos de Él con tristeza. Es imposible servir a Cristo y admitir simultáneamente la soberanía del dinero o de cualquier otra cosa que pretenda dominarnos.¹³

Queda claro que estamos ante una opción ineludible. Con el mismo amor con que Jesús miró al joven rico nos mira Jesús a nosotros y nos dice: “Sígueme”. ¿Qué haremos?

“Dios es Aquél a quien nada damos hasta no darle todo.”

(Anónimo)

NOTAS

- 1 Mateo 6:19-34.
- 2 Filipenses 2:5-11.
- 3 Comp. W. Barclay, Mateo, el Nuevo Testamento comentado, vol. 1, Edit. La Aurora, Buenos Aires, 1973, págs. 262-63.
- 4 Mateo 22:38.
- 5 Pierre Bonnard, L'Evangile selon St. Mathieu, 2^a ed.; Delachaux et Niestlé, Neuchatel, 1970, pág. 93, nota al pie.
- 6 Proverbios 23:26.
- 7 Mateo 7:21.
- 8 1 Crónicas 29:14.
- 9 1 Corintios 6:19-20; 7:23.
- 10 Salmo 24:1. Ver también 1 Crónicas 29:11, 12; y esp. Levítico 25:23.
- 11 1 Corintios 10:31.
- 12 Lucas 19:1-10; 18:18-30.
- 13 1 Corintios 6:12.

CAPITULO 2

EL PROBLEMA DEL PAN

No nos dejemos despistar por la rigidez del dilema mencionado en el Cap. 1, de modo que vengamos a parar en la creencia de estar Dios desinteresado de las cosas que nos afligen. Pues la verdad es precisamente lo contrario. Dios está interesado en nuestra persona toda entera: mente, espíritu y cuerpo. Nada que afecta nuestra vida escapa al conocimiento e interés de Dios. Lo dice sin rodeos el pasaje del Sermón del Monte, de donde arrancamos en estas reflexiones. Ahí nos declara Jesús que si Dios alimenta a los pájaros del cielo y viste a las flores silvestres del campo, flores de efímera existencia que tanto abundan en la ondulada tierra de Galilea, mucho más hará con nosotros.¹ Fue Él, asimismo, quien nos enseñó a orar diciendo: “Danos hoy nuestro pan cotidiano.”²

“Para aprender a decir ‘danos’ se necesita en el corazón una revolución tan completa como para decir: ‘Tu nombre’, ‘Tu voluntad’”, dice Roland de Pury; y agrega: “Se necesita un corazón nuevo que comprenda que en nosotros mismos nada somos ni tenemos.”³ Vale decir, se necesita la conversión, única que nos capacita a declarar: “Jesús es el Señor”. Repetir aquella frase de la oración es reconocer nuestra absoluta dependencia de Dios, aún para nuestra simple subsistencia física.

Sin ello, nos figuramos con harta facilidad que nosotros mismos nos hacemos el pan. Me lo dijo sin ambages un labriego en la ciudad de Bahía Blanca. “Estos brazos son mi Dios. Si yo no trabajo la tierra, sólo me da cardos y abrojos y no pan”. Pero, buen hombre, ¿quién te dio los brazos?, ¿quién las fuerzas para labrar la tierra?, ¿quién la hace fecunda?, ¿quién enciende el sol cada mañana y riega los campos con lluvia?, ¿quién preside la ley del crecimiento y da vida a la simiente? Con Pablo te preguntaría: “¿Qué hay que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?”,⁴ y con Santiago te diría: “Toda buena dádiva, todo don perfecto desciende de lo Alto, del Padre de las Luces.”⁵

¿No comprendes que si Dios nos retirara su apoyo un solo instante se nos haría polvo la vida, como cuando estalla un vaso de vidrio irrompible? Sólo cuando tal idolatría cae, vemos las cosas en su verdadera perspectiva.

Esta súplica nos ubica. Nos sabemos en plena dependencia de Dios. ¿Lo crees o aún vives de ilusiones?

Nada dice Jesús contra la comida, indispensable para nuestra subsistencia; ni contra el vestido tan necesario a nuestra dignidad humana. “Vuestro Padre sabe que de todas estas cosas tenéis necesidad.”¹

Si estás en ánimo crítico y me preguntas: “Si Dios sabe que tenemos necesidad del pan y nos lo pone al alcance de la mano: ¿A qué orar: danos nuestro pan cada día?”, podría enviarte a hacer la pregunta a tantos millones de seres humanos que padecen hambre por causa de que otros semejantes suyos han puesto distancia entre él y el pan que les da Dios; o contestarte muy sencillamente: “¡Para que no lo arrebatemos como fieras y nos comportemos como gente!”

Necesario es que comamos con reverencia nuestro pan de cada día y no nos abalancemos sobre él al solo influjo de nuestros instintos. La cristiana costumbre de orar antes de las comidas, tiene ese intento. Sirve para redimir de la animalidad, esta imperiosa necesidad corporal y a la par de recordarnos que somos polvo de la tierra,⁶ nos avisa que somos también espíritu del cielo.

Tal vez contestando así, estaría esquivando una intención más seria de tu pregunta: ¿Puede Dios, acaso, cambiar las cosas y darnos el pan no obstante nuestra pobreza, miseria y opresión?

Todo el pasaje del sermón del Monte que estudiamos, podría resumirse en esta otra palabra de Jesús: “Tened fe en Dios.” Nos exhorta así para que no vivamos en ansiosa perplejidad, sumidos en la desesperanza. Pero: ¡Atención! Jesús no estaba predicando estas cosas desde una posición de opulencia a otros más pobres que Él. Eso hubiera sido hipocresía, en la que muchos religiosos ricos han solido ir a parar.

Conversaba con una anciana amiga que iba rememorando cosas y experiencias de su vida. Me contó de su extrema pobreza y de sus esfuerzos por criar y educar a su hijo cuando ella quedó viuda. Trabajaba como costurera y solía prestar servicios a una señora rica de la Iglesia. “Un día –prosiguió- estaba yo en verdaderos apuros y le pedí dinero prestado. ¿Y sabes qué me dio? ¡Consejos! ¡Consejos! ¡Pero yo no necesitaba consejos!”. Para una situación así, Jesús nos dirige otra palabra: “Tuve hambre y **no** me disteis de comer; tuve sed y **no** me disteis de beber; estaba desnudo y **no** me cubristeis, enfermo y **no** me visitasteis; en la cárcel y **no** vinisteis a mí. Por cuanto **no** lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, ni a mí lo hicisteis.”⁷ En el día de hoy nos manda a ocuparnos del problema del hambre del mundo y hacer algo para remediar esta injusta situación.

Yo sé de muchas personas sinceras que han hecho la grande e inmensa aventura de confiar en Dios plenamente. Y Dios les ha dado el pan cotidiano en forma maravillosa. En la literatura cristiana⁸ se registran muchos testimonios de esa naturaleza, que proviniendo de gente íntegra, y siendo tan numerosos no pueden simplemente ser desdeñados. Estábamos un grupo internacional en una clase, cuando el profesor manifestó no creer en la oración de petición y sólo aceptaba la de gratitud. Y fue memorable aquella ocasión. Un estudiante del África nos relató una experiencia suya. El profesor comentó: “¡Casualidad!” Y otro de la India refirió otro caso. “¡Coincidencia!” Y así pasando de continente en continente hasta que las palabras “casualidad”, “coincidencia”, provocaron la risa de todos, pues nada explicaban. Tal vez sea simplemente inexplicable. Cada cristiano tendrá su propio repertorio de hechos vividos en que se puso de manifiesto la providencia de Dios en forma bien personal y particular. En la medida escasa en que nos hemos aventurado, mi esposa y yo, en este camino, también damos fe que Dios obra maravillas. No me salgas, entonces, con aquello de la sugestión, de la transmisión de pensamiento y de la telepatía, que son palabras que nada explican porque podría contestarte, como aquella anciana pobre que no teniendo nada que comer, ante su mesa vacía se puso a orar pidiendo a Dios le enviara su pan cotidiano. Oyóla un muchacho travieso que para burlarse de ella le tiró un pan por la chimenea. Se puso a espiarla para ver si atribuía a Dios la maravilla y la oyó orar así: “Gracias te doy Padre, que hasta sabes utilizar la travesura de un muchacho para contestar mi oración.”

Fijémonos bien que Jesús en el pasaje de marras no apoya la vida impróvida, desprevénida o de ociosidad. No se trata de eso. Jesús está insistiendo en una actitud básica de confianza en Dios. La preocupación ansiosa, la desesperación, es falta de fe en Dios. Contábame uno de los tantos admirables cristianos que he conocido, de su gran abatimiento, cuando de pronto por una crisis económica general su sólida posición financiera se derrumbó. Iba por la calle sin saber qué hacer, cuando pasó frente a un parque en la ciudad de Rosario. El jardín estaba siendo regado y gotas de agua fueron recogidas por una hoja de césped y un pajarito se puso a beber de ella. Me dijo: “Y Dios me habló en esa hora. Este pensamiento me sostuvo y levantó el ánimo sorprendentemente: Si Dios cuida de las aves, cuidará también de mí.” No volvió a la prosperidad de antes, pero su problema más agudo se fue resolviendo y pudo tener su pan cotidiano.

Sí; yo oraré: “Danos hoy nuestro pan de cada día.”

El problema del pan me plantea la cuestión: “Dios y el pan”, me convoca a la fe. Pero por vigorosa que ella sea, no me autoriza a mentir y decir que no me interesan las necesidades económicas, de las cuales el pan es el símbolo. Deben interesarnos. Sin pan nadie puede vivir. ¡Por cierto no son las personas hambrientas las que dicen que el pan no les interesa!

Jesús fue pobre. Conoció por experiencia lo que era vivir en estrecheces. Se movió entre los pobres. Sus enseñanzas abundan en alusiones a esta condición como cuando habla de ropa remendada, o alaba la dádiva de dos insignificantes blancas que hace una viuda.⁹ Sabiendo la importancia que puede adquirir un pedazo de pan, puso esta oración en nuestros labios.

Otra pregunta asoma por ahí: ¿Si Dios puede y quiere darnos el pan por qué no nos lo da sin que tengamos que trabajar? El hombre no puede recibir así nomás el pan. El animal puede recibir su alimento sin dejar de ser animal. El ser humano no puede comer su pan sin trabajar y seguir siendo persona, pues perdería su dignidad. De ahí la sentencia bíblica: “Quien no quiere trabajar, que tampoco coma.”¹⁰

Esto incide en nuestro empeño de compartir el pan. El cristiano que vive con sentido de mayordomía no puede desentenderse de la pregunta: ¿Cómo puedo darle pan para el cuerpo a mi hermano, sin denigrarlo a él? Es obligación nuestra saber dar con gracia, como lo hace Dios “quien da a todos sin limitación y sin mortificar”.¹¹ Es posible alimentar el cuerpo y de paso quebrarle la dignidad al prójimo, lo cual tan pecado como dejarlo sin comer.

Confrontemos otro aspecto del problema. En su hora de tentación sobre el particular, Jesús citó la Escritura así: “No con solo pan vivirá el hombre.” Porque el hombre es más que estómago. Cuando un gran dolor se nos echa encima no tenemos ganas de comer. Ello es indicativo de que el pan no es alimento, si otros aspectos de nuestra personalidad no son atendidos. Roland de Pury nos dice que el pan cotidiano representa todos los valores humanos, “sin los cuales la vida se descompone en una angustia infernal”.¹² Y luego añade que el pan es la amistad, el afecto, el amor conyugal, la paz, la salud, el gozo de vivir, la cultura, la libertad, la verdad, la justicia. Todas estas cosas las necesitamos como el pan cotidiano y hemos de pedir las reiteradamente, pues de un momento a otro podemos perderlas. Tanto las necesitamos que hay quienes han preferido pasar hambre por conseguir algunas de estas otras formas de pan.

Es posible exagerar el problema del pan en sus aspectos físicos y so pretexto de buscar el pan se buscan masitas y bombones y se descuidan los asuntos más importantes de la vida. Vale decir que hay otros valores y necesidades vitales que

hasta llegan a colocarse por encima de la necesidad del pan. Yo sé que es fácil escribir esto cuando yo mismo acabo de comer. Pero he conocido hombres y mujeres que han preferido correr el riesgo del hambre antes que hacer lo que a sus conciencias repugnaba. Y doy gracias a Dios por ellos. Continúan la lista gloriosa de hombres y mujeres de quienes dice la Carta a los Hebreos que “prefirieron la muerte antes que un rescate indigno”.¹³ Bien dice G. A. Buttrick: “Si la conciencia es tan sólo un escrúpulo torpe, el amor una triquiñuela de los nervios y Jesús un triste error, si no hay gozosa realidad de Dios, entonces el pan es tan sólo cenizas.” Al orar “danos hoy nuestro pan de cada día”, nos comprometemos a llevar una vida sencilla. Pedir pan no es lo mismo que pedir el oro o el luyo de cada día. No tenemos derecho a pedir lo que no sea una necesidad.

Bien sé que no es fácil trazar la línea entre lo necesario y lo superfluo. Dos personas igualmente conscientes y cristianas discreparán en su opinión sobre este punto en el momento de sus decisiones. Lo que para uno es lujo, puede para el otro, en sus circunstancias ser necesidad. Lo que esto viene a significar es que yo no puedo trazar la línea para mi prójimo, ni él para mí. Pero trazarme la mía es algo que tengo que hacer. Si doy sentido cristiano a toda mi vida material, como me obliga a hacerlo esta petición, se sigue que habrá muchas cosas de las cuales tendré que privarme para poder tener qué compartir con otros en su necesidad.

A raíz de una donación entablé conversación con un joven matrimonio amigo en el curso de la cual me dijeron: “En este momento estamos ganando muy bien, tal vez demasiado. No porque la empresa le esté pagando –dijo ella- lo que no se merece. Pero en comparación a lo que otros reciben en la vida, nosotros estamos recibiendo demasiado. Y hemos decidido poner un límite a nuestros gastos. Pues si no lo hacemos siempre hay algo más que se puede comprar. Le ponemos un límite para poder dar a otros”. Por ahí se endereza uno en el camino de la mayordomía. El fuerte lenguaje individual que he empleado en cuanto a esta decisión de poner límites a nuestros gastos, no quiere decir que necesariamente tal decisión sea tomada en forma aislada. Al contrario, el consejo de otros también comprometidos en llevar una vida sencilla, ha de sernos de suma utilidad. Supe de un grupo de matrimonios así orientados que solían reunirse para discutir juntos los problemas concretos que se les presentaban para recibir esclarecimiento de la comunidad. A este respecto debe hacernos meditar la experiencia de la Iglesia primitiva y el espíritu que les movió a “tener en común todas las cosas”.¹⁴

Nos dicen los eruditos que la palabra “cotidiano” empleada en el griego de los evangelios, puede traducirse: “El pan del día de mañana”. Se pide hoy para mañana.

En ese caso, se justifican el ahorro y la previsión. Pero ¡atención otra vez! que pedir por el pan de mañana no es pedir por el pan del siglo o del milenio venidero. “Basta al día su afán”. Pedir por el pan que no se va a comer jamás, es incongruente.

Observemos que la oración es en plural. No dice: “Dame a mí el pan de cada día”. El pan **nuestro** no es el pan mío. El pan nuestro es el pan de todos: de los más pobres, es el pan de los hambrientos del mundo; de este mundo donde la mitad de la humanidad se acuesta cada noche ¡sin haber tenido lo suficiente para comer!

Fui a una fiesta de bodas en un elegante club. La superabundancia de comida era tal, que me dio náuseas; y me pregunté: “¿Qué haces tú, seguidor de Jesucristo aquí en esta reunión, donde están comiendo hasta más que hartarse, cuando hay otros hijos de Dios por los cuales Él entregó su vida, que se están muriendo de hambre?” Ese pan que comen no es pan limpio, es sucio. No es el pan que da Dios. Si pensamos que durante la guerra vendimos nuestros granos a altísimo precio a los países hambrientos y que el de la lana lo especulamos con las posibilidades de la guerra, ¿el pan que todos comemos no está manchado de sangre? ¿No tendríamos más bien que orar de este otro modo: “Perdónanos el pan nuestro de cada día? Está bien y muy bien que la oración nos haga pedir junto a esto y aun antes de esto: “Venga tu reino, hágase tu voluntad”, porque sin ello no podemos dejar de manchar el pan que a unos sobra y a tantos falta.

Mientras tanto el deber de compartir nuestro pan reposará sobre nuestra conciencia cristiana. Cualquiera sea nuestra actitud hacia la “limosna”, la caridad no debe morir en nuestros corazones y actitudes. Nada nos exime del deber que impone la parábola del buen samaritano.¹⁵ “Si tu enemigo tuviere hambre dale de comer...” ¡Cuánto más si no es nuestro enemigo!”¹⁶

Karl Barth nos avisa que el pan que comemos nos recuerda el Otro Pan que Dios nos da. Como me voy extendiendo me sentí tentado a no mencionar esto. Pero luego pensé que era separar lo material de lo espiritual, cosa que la Biblia no hace. El que nos enseñó a orar diciendo: “Danos nuestro pan de cada día” nos dijo también: “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo.”¹⁷ En la Santa Cena se nos invita a comer el pan que fue quebrantado en la Cruz para redención del género humano.

*“Tras comer mi ración de pan, devoré la de mi hermano.
Él padeció hambre y yo tuve indigestión.” (S. S. I.)*

NOTAS

- 1 Mateo 6:19-34.
- 2 Mateo 9:11; Lucas 11:3.
- 3 Nôtre Père, Delachaux et Niestlé; S.A.; Neuchatel 1945; pág. 72.
- 4 1ª Corintios 4:7.
- 5 Santiago 1:8.
- 6 Génesis 3:19.
- 7 Mateo 25:31-46.
- 8 Véase, por ej. H. Redwood, "Dios en los bajos fondos" (Ejército de Salvación).
- 9 Marcos 12:42; Lucas 15:8; Mateo 10:29.
- 10 2ª Tesalonicenses 3:6-12.
- 11 Santiago 1:5.
- 12 Op. cit. pág. 79.
- 13 Hebreos 11:1-40.
- 14 Hechos 2:43-47; 4:32-37.
- 15 Lucas 10:25-37.
- 16 Romanos 12:20.
- 17 Juan 6:51.

CAPITULO 3

EL DINERO Y LAS ACTITUDES BASICAS

Ya nos hemos rozado con la cuestión de la *falsa espiritualidad*. Mirémosla ahora un poco más de cerca. Un caballero que había concertado una entrevista conmigo, a poco de sentarse en el despacho pastoral me dijo: “Lo que yo no entiendo es cómo ustedes los evangélicos que son gente culta pueden creer en las paparruchadas de la Biblia”. “¿Qué paparruchadas?”, le pregunté. “Pues tome usted el primer capítulo de la Biblia”, me respondió: “Allí se dice que Dios después de haber creado cada cosa la miró: “Y vio Dios que era bueno”. ¿Es que no podía saberlo de antemano? ¿Es que tenía que hacer la cosa, mirarla y luego llegar a la conclusión de que era buena?”. Le expliqué que, a pesar de la presentación tipográfica (algo mejorada en las más recientes versiones de la Biblia), originalmente esto era un poema. Y el estribillo es precisamente: “Y vio Dios que era bueno”. Le leí entonces, acentuando sus majestuosas cadencias, esa sublime página de la Biblia. Al terminar, emocionado el hombre me dijo: “¡Qué hermoso!”. Sí, hermoso sin duda; pero no nos quedemos cortos. El autor era un hombre de fe; y más interesado estaba en transmitirnos su fe que en colocar un detalle de embellecimiento estético en su escrito.

Abundaban en el mundo antiguo y siguen abundando en el actual, los que piensan que la materia es en sí mala y despreciable. En nociones tales se afincan muchos ascetismos y misticismos de muy diverso origen, que van de Oriente a Occidente y desde las sociedades más primitivas hasta las más cultas. En el mundo circundante a los hebreos, era generalizada la idea de no haber sido esta tierra creada por el Dios de amor y de santidad, sino por dioses inferiores. El autor de este capítulo del Génesis le sale al paso a esa creencia casi universalmente aceptada. Y declara, con vigorosa convicción y no poca osadía que todo lo creado salió de las manos del único Creador, el buen Dios; y siendo así es por lo tanto, bueno. “Y vio Dios que era bueno”. La materialidad corresponde a la intención divina y está destinada a cumplir un propósito. Desdeñar nuestra materialidad, despreciar nuestro cuerpo y sus necesidades elementales, incluyendo nuestra sexualidad, es asumir una actitud básica que marcha a contrapelo de toda la enseñanza bíblica.

Lejos de menospreciar al cuerpo, la Biblia lo tiene en muy alta estima, hasta declararlo “templo de Dios”¹. La oposición, pues, entre espíritu y materia es ajena al pensamiento de Jesús y al testimonio total de la Escritura. La cuna de ese dualismo fue probablemente la India, de donde pasó a Grecia y de ahí al resto del mundo occidental. Hay, no obstante, una cuestión de lenguaje que puede prestarse a confusión. La Biblia habla de la oposición entre la carne y el espíritu. Pero la palabra “carne” suele, especialmente en los escritos del Apóstol Pablo, no referirse para nada a nuestro cuerpo físico, sino a una orientación de la vida despegada de Dios, y que por consiguiente salta fuera de la órbita que el Creador le ha fijado. Fíjense, por ejemplo, que en la Carta a los Romanos el Apóstol dice: “mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu”². No estaba el Apóstol escribiendo a espíritus desencarnados, sino a una congregación, la de Roma, cuyos miembros que leían u oían leer la Carta eran seres de carne y hueso. En la Epístola a los Gálatas, entre lo que designa como obras de la carne y, por ende, contrarias al Espíritu, menciona además de aquellas cosas que solemos llamar pecados de la carne, otras que son puramente espirituales. “Las obras de la carne son: ... idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, contiendas, iras, disensiones, herejías, envidias...”³

Para la Biblia el asiento del pecado no estriba en el cuerpo, sino en el alma, en el espíritu del hombre.⁴ Ella nos habla del corazón pervertido del hombre viejo. La batalla entre el bien y el mal se libra no en la esfera física, sino en la espiritual aunque se manifieste, desde luego, en aquella. Si yo calumnio, mal puedo decir: Fue mi lengua la que calumnió, pues fui yo quien pecó con la lengua. Si hiero a un semejante, sería absurdo echarle la culpa a la mano. Fui yo quien golpeó con la mano. Si cometo adulterio, no puedo decir: Fue mi sexo el que pecó, sino yo todo entero.

Cosa semejante podemos decir en cuanto al uso del término “mundo” cuyo amor se opone al amor de Dios. No se trata de este mundo con sus montañas y sus valles, su sol y sus estrellas, no se trata de este universo físico, el cual “ensalza la gloria de Dios”⁵. Ni se trata, tampoco, del mundo de los hombres, pues al tal mundo Dios amó tanto que dio a su Hijo para redimirlo⁶. La expresión “el mundo” suele emplearse en la Biblia para denotar la vida social orientada contrariamente a la voluntad de Dios.

Igualmente contraria al mensaje de las Escrituras, aunque provenga de dirección diametralmente opuesta es la **falsa materialidad**. Contra ella se alza Jesús en ese pasaje del sermón del Monte que nos ha servido de punto de partida. Se manifiesta Jesús abiertamente antagónico a las escala de valores del mundo pagano que es en muchos sentidos la que rige en nuestra cultura contemporánea. En ella, el dinero se

convierte en la suprema finalidad de la vida, en lugar de ser simplemente, según el propósito de Dios, un medio de servicio. Si la riqueza es el fin buscado, se distorsiona la personalidad humana y se dislocan las relaciones sociales. En ese caso se pierden las perspectivas y toda nuestra visión de la vida se torna borrosa y confusa. La posesión de la “cosa” (aun cuando fuere inmaterial como la cultura, por ejemplo) se transforma en una obsesión que determina nuestra esclavización. Wm. Barclay cuenta en su Comentario la historia de un hombre que no tenía mucho dinero, pero sí, una voracidad insaciable por comprar y leer libros. Acumuló 17.000 volúmenes, pero su joven esposa y varios de sus hijos murieron de tuberculosis. ¡Una absurda escala de valores!⁷

Asimismo, en esa escala de valores, atacada por Jesús, la persona humana se convierte en un medio en vez de un fin. Esta es la terrible situación que se manifiesta en nuestra realidad económico-social actual. Mientras por una parte, la riqueza se abulta inconmensurablemente en pocas manos, por la otra, los grandes monopolios mueven los hilos con crueldad inconcebible y aplastan al ser humano. Las masas pasan privaciones indecibles y grandes sectores de la humanidad, usados como medios para fabricar esa acumulación de riqueza, padecen hambre y mueren temprano.

Resulta espeluznante leer lo que dice Barclay de la condición de los niños en la Inglaterra de mediados del siglo pasado; y donde cuenta de criaturitas de 7 y 8 años, y hasta un caso de una de 3, que debían trabajar en las minas carbón, a veces arrastrándose bajo tierra para acarrear las zorras de carbón y otras metidas en el agua hasta las rodillas por horas interminables. En la industria textil en 1843, había empleados 84.000 niños. Con razón Carlyle estalló en ira diciendo: “¡Si la industria textil está cimentada en los cuerpos desnutridos de los niños que explotan como a mano de obra barata, que desaparezca la industria textil! ¡Si el diablo dirige nuestras tejedurías, cerrémoslas!”⁸ Desde luego que ésta no es la única alternativa, pero si lo fuera, la posición de Carlyle a la luz del Sermón del Monte sería inobjetable. ¿Cómo afecta este criterio de Jesús que siempre puso a la persona humana en el centro de sus consideraciones, a la situación económica social de nuestros tiempos, que tanta intranquilidad y zozobra están sembrando por doquier?

Lo curioso es que la primera de estas actitudes, la del menosprecio de las cosas materiales, suele ser un pretexto para ocultar o disimular la segunda: el menosprecio de los valores espirituales de la vida. Semejante hipocresía llenaba el espíritu de Jesús de hirviente indignación. “¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, porque devoráis las casas de las viudas y como pretexto hacéis largas oraciones;

por esto será mayor vuestra condenación! ¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe!”⁹

La otra actitud, la de la falsa materialidad sin disimulo, Jesús la describe en sus enseñanzas particularmente en dos parábolas. La primera, la conocemos con el nombre de El rico insensato.¹⁰ La interpretación de que este hombre fuese deshonesto, o explotador de sus semejantes, corre por cuenta de quien la hace. La parábola en sí nada de eso nos dice. Podemos tomarlo por un hombre decente, trabajador y respetado por el éxito de sus negocios. Claro está que la filosofía de la vida que lo domina lo hace sospechoso de los cargos antes mencionados; pues quien piensa como pensaba él, difícilmente se preocupa de sus semejantes y de las consecuencias de su proceder. Era un anti-mayordomista en absoluto. Era, tomando el término etimológicamente y al pie de la letra, un **a-teo**. La parábola nada nos dice de su profesión religiosa, aunque en el mundo en que se movía Jesús todos creían en Dios. Pero prácticamente el buen señor no tiene sitio para Dios. No habla con Dios, sino consigo mismo y a sí mismo se escucha. Esta parábola está llena del yo de este pobre rico. Obsérvese en ella cuánto de su lenguaje va en singular y cuánto los verbos se refieren a sí mismo. Él no consulta a Dios acerca de cómo ha de usar sus bienes. Él habla de “**mis** graneros”, “**mis** frutos”, “**mis** bienes”. No reconoce el señorío de Dios sobre sus posesiones. Las cosas llenan todo su panorama y cree que con ellas va a alimentar su personalidad. A su ser más íntimo, a su persona esencial -¡qué desvarío!- le dice: “Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años: repósate, come, bebe, regocíjate.” ¡Pero las cosas no tienen con qué responder a las vibraciones más profundas de nuestro ser! ¡Qué solos nos dejan las cosas cuando necesitamos tener cerca de alguien que nos comprenda, que nos escuche! Una joven vino cierta vez a casa y al sentarse se echó a llorar y me dijo: En mi casa hay todo lo que el dinero puede comprar, pero falta lo que el dinero no puede comprar: la felicidad.” Este hombre no se daba cuenta de ello. No sabía que “la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”.

Más de una vez me he topado con un hombre que debe ser descendiente de este de la parábola. Es su vivo retrato. Hablar en singular aquí es una exageración, porque son legión los hombres así. Es que su filosofía de la vida es la que domina a mucho de nuestra actividad comercial e industrial. Ante la abundancia de su cosecha el hombre pregunta: ¿Qué haré? Es lo que están preguntándose las naciones productoras de alimentos. Se preocupan de la superproducción. Evidentemente,

algo funciona mal con tal filosofía, cuando millones de seres humanos padecen hambre. El problema no está en la producción, sino en la distribución.

Decíamos que este rico era pobre, pues aunque tiene muchas cosas, su vida interior está vacía. A una señora cuya casa se había incendiado la saludó Newton diciendo: “¡Albricias, señora, albricias!” Sorprendida, ella preguntó: “¿Me felicita porque mi casa se ha quemado?” “¡Oh no –contestó él-, sino porque tiene usted tantos tesoros que el fuego no puede destruir!”

Sin realidades interiores, la vida carece de sentido, como nos falta cuando ha muerto en nosotros todo resto de servicialidad, de la que no hay el más mínimo indicio en este hombre. Si se le hubieran quemado los graneros, ¿qué le hubiese quedado? La nadería de su ser ególatra y mezquino.

Anda por ahí una anécdota que se refiere a una catedral en construcción. A uno de los obreros alguien le preguntó: “¿Qué hace usted?”, y éste le respondió: “Llevo ladrillos.” A otro le hizo la misma pregunta y recibió como respuesta: “Levanto esta pared.” Un tercero replicó: “Construyo una catedral.” Y un cuarto: “Yo construyo para la eternidad.” El hombre de la parábola se hubiera reído de esta última respuesta, pues la idea de la eternidad no le había entrado en la cabeza. “Esta noche, **esta noche** morirás y entonces ¿qué?” ¡Cuánta gente anda por la vida sin poder responder al último ¿para qué? de su existencia! Si no hay más que esta vida terrena, entonces somos miserables, decía el apóstol Pablo.¹¹ Quien reconoce el señorío de Cristo, coloca su vida entera en la perspectiva de la eternidad y ésta da sentido a sus luchas y empeños del presente. Un hombre al llegar a la hora de la muerte dijo: “Lo que gasté, tuve; lo que di, es lo que tengo; lo que conservé, ahora lo pierdo.” De distinto modo hubiera encauzado sus finanzas, si en lugar de hacer este descubrimiento al término de su vida lo hubiera hecho al principio de ella, supeditándose a la soberanía de Cristo.

Dentro del campo visual del hombre de la parábola, no aparece el prójimo. Esta característica parece más desarrollada aun en la segunda parábola, la del rico y Lázaro.¹² A semejanza del caso anterior, la parábola no nos dice que Divas fuera particularmente perverso. Pinte lo que quiera Doré, él no maltrató al pobre Lázaro. Tampoco era un avaro: hacía banquetes con esplendidez, y era sociable y sus convidados le tendrían por una gran persona, sumamente simpática. Pero en el fondo, tan engolfado está en lo que tiene y en su “microclima”, que no ve ni comprende el dolor ajeno. Su pecado, respecto al pobre Lázaro, es que no **se dio cuenta** de su situación. Podemos decir algo más: no quiere ver y comprender porque ello pone en peligro su seguridad interior. Elude al prójimo, que es parte de la

escena de su panorama cotidiano. Un encuentro con ese prójimo le impediría seguir banquetearlo cada día, comiendo en abundancia y con refinamiento cosas exóticas. Lo elude como persona aunque permite que coma de las migas que los comensales tiraban al suelo después de enjugarse con ellas sus bocas y manos que las salsas habían ensuciado. ¡Hasta puede haberse llegado a sentir generoso compartiendo lo que le sobraba!

Decíamos páginas atrás, que cuando ésta es nuestra óptica, se distorsiona la personalidad y se dislocan las relaciones sociales. Es que se forma una mentalidad especial que impide comprender la necesidad del otro y que nos altera completamente la escala de valores. Mathew Henry entre la terminación del siglo XVII y el comienzo del siguiente publicó en Inglaterra su gran Comentario de la Biblia¹³ y allí estampa su indignación: “Ofenden a Dios y hacen despreciable la naturaleza humana cuantos miman a sus perros y caballos y dejan pasar hambre a las familias de sus vecinos... No basta no oprimir y no pisotear a los pobres... Me pregunto cómo esos ricos que han leído el Evangelio de Cristo y dicen creer en Él, pueden estar tan despreocupados como suelen estarlo respecto de las necesidades y miserias de los pobres y oprimidos... Agrava inmensamente su carencia de caridad, el que muchos ricos gasten en sus caprichos y fantasías, lo que podría suplir las necesidades y regocijar el corazón de tantos buenos cristianos en sus severos apremios.” La puesta al día de este lenguaje hasta incluir los sistemas económicos y sus estructuras, en nada ha de disminuir el vigor de estas palabras. Ellas ponen de relieve la enseñanza bíblica: no hay tal cosa como amor a Dios, si no se expresa concretamente en amor al prójimo. Nos recuerdan que Jesús hizo de los dos grandes mandamientos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, uno solo.

Semejante apego a los bienes materiales, conlleva una tendencia de creciente materialismo que elimina los intereses superiores de la vida. Hay personas de las cuales cabe decirse que se asemejan a esos aparatos automáticos que sólo funcionan cuando se les echa una moneda adentro. Y entre ellas figuran en proporción no desdeñable, quienes se tienen por muy religiosos.

Solemos calificarlas como gente “interesada”. Lo malo es que nadie se reconoce como tal. Este pecado enceguece. Fue Francisco Javier quien comentó que había recibido la confesión de muchísimos cubriendo toda la gama de pecados imaginables, pero ninguno había confesado éste.

Cuadran muy bien aquí y a todos cuantos no aceptan ser mayordomos de Dios, las palabras de Unamuno relativas a Sancho Panza: “¡Oh, pobre Sancho y a qué

desfalladero de torpeza te arroja tu carne pecadora! Te demandas contra tu amo y señor natural, contra el que te da el eterno pan de tu vida eterna, creyéndote señor de ti mismo. No, pobre Sancho, no; los Sanchos no son señores de sí mismos. Esa proterva razón que para rebelarte aduces de “¡soy mi señor!” no es más que un eco del “¡no serviré!” de Lucifer el príncipe de las tinieblas. No, Sancho, no: tú no eres ni puedes ser señor de ti mismo y si mataras a tu amo en aquel mismo instante te matarías para siempre a ti mismo”.¹⁴

*“Velar se debe
la Vida
de tal suerte
que quede viva
en la muerte.”*

(J. Zorrilla de San Martín)

NOTAS

- 1 1ª Corintios 6:12-20; 2ª Corintios 6:14-7:1; 1ª Timoteo 4:1-4.
- 2 Romanos 8:9.
- 3 Gálatas 5:19-21.
- 4 Romanos 8:1-15 donde casi sin excepción “carne” puede traducirse por “el yo”. Lo mismo ocurre en Gálatas 5.
- 5 Salmos 19:1-6.
- 6 Juan 3:16-17.
- 7 Op. cit., in loco.
- 8 Op. cit., págs. 265-266.
- 9 Mateo 23:14, 23.
- 10 Lucas 12:15-20.
- 11 1ª Corintios 15:19.
- 12 Lucas 16:19-31.
- 13 Mathew Henry, ***A Commentary on the Holy Bible***, vol. V; ed. Funk & Wagnalls, N. York 1761 (1ª ed. en 1705 en Inglaterra); pág. 438ª.
- 14 Miguel de Unamuno, ***Vida de Don Quijote y Sancho***, Espasa-Calpe Argentina S.A. Colección Austral; Buenos Aires-México, 7ª ed. 1946; pág. 219.

CAPITULO 4

PONIENDO AL DINERO EN SU LUGAR

Hacia la finalización del segmento del sermón del Monte que nos ha servido de guía hasta aquí, hay una exhortación de Jesús, que pone las cosas en su lugar al colocarlas en la perspectiva del Reino de Dios: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y las demás cosas os serán añadidas”.¹

Buscad dice el Maestro la voluntad de Dios y vivid obedeciéndola. **Buscad** que esa voluntad de amor, de justicia, de verdad, de paz, impere en todas las relaciones humanas y en vuestra vida personal. **¡Buscad!** es un verbo que insta a la actividad y no a la holganza, o a esperar que llueva del cielo. **Buscad** el Reino de Dios, sin angustia por estar amparados por la seguridad de darlo Dios ya; luchad contra todo lo antagónico a la voluntad amorosa del Padre. Y desde ya, sin esperar el día de mañana, empezad a vivir en vuestro ámbito personal como ciudadanos de ese reino. La exhortación encierra una promesa, como algo que va de suyo: las demás “cosas”, las necesarias a nuestra existencia humana, “os serán dadas por añadidura”. Porque la búsqueda decidida del gobierno de Dios pone cada cosa en su sitio y se respeta la jerarquía de valores al ubicar primero lo que es primero, sin perder la oportunidad de recibir a su tiempo las cosas materiales que necesitamos. Pero la promesa no se mantiene ni puede si se invierte el orden, pues en ese caso se trastorna la escala de valores de Dios. Henry Drummond se dirigía a sus estudiantes de teología con palabras que nos vienen bien a todos: “No seáis anfibios viviendo ora en el Reino de Dios, ora en el de las cosas... No toquéis el cristianismo si no estáis dispuestos a buscar el reino de los cielos primero. Os prometo una existencia miserable si lo procuráis en segundo término.”² Pero precisamente eso es lo que ha hecho nuestra sociedad contemporánea y dentro de ella innumerables cristianos. Buscaron primero las cosas y luego el Reino, si es que les quedó tiempo y gusto para ello. Por eso estamos como estamos.

Refuerza esta palabra de Jesús, la invitación total de su enseñanza a consagrar la vida entera, con todos sus bienes materiales, tiempo y dones a Dios y su reinado, como quien le da lo que es suyo.

El mismo hincapié hallamos en la primera Carta a Timoteo donde leemos: “A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las

riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos.”³ “Ricos” es un término relativo. Poquísimos admiten serlo. Más de una vez, al conversar con personas pudientes me han dicho: “La gente nos tiene por ricos, pero no lo somos.” Lo decían con evidente sinceridad, comparándose quizá con otros mucho más adinerados que ellos. ¿O es que a esta altura de las cosas, vamos ya teniendo vergüenza de ser ricos? ¿O es un mecanismo de defensa para poder justificarnos de no ser más generosos? Lo cierto es que si nos comparamos con los más pobres y marginados de nuestra sociedad, todos somos ricos y podemos admitir sin pestañear que la exhortación esta venga dirigida a nosotros.

Contiene el Antiguo Testamento una condenación muy rígida y reiterada de la acumulación de bienes. Por ejemplo, en Zacarías hallamos una profecía contra los fenicios: “Bien que Tiro me edificó fortaleza y amontonó plata como polvo y oro como lodo en las calles, el Señor la empobrecerá y herirá en el mar de su poderío y ella será consumida de fuego.”⁴ Al pasar al Nuevo Testamento no hallamos un acento tan fuerte, pero se anotan con puntualidad los peligros del dinero. La Biblia quiere limitar su poder pues le reconoce un carácter demoníaco. En la nueva versión británica leemos lo que sigue: “El amor al dinero es la raíz de toda cosa mala y algunos tratando de lograrlo, se han extraviado de la fe y se ensartaron de muchos dolores espinosos.”⁵

¡Qué efectos contradictorios tiene el dinero! Aquí penetra en un hogar y trueca las lágrimas en sonrisas; allá, al revés, cambia la alegría en angustia y tristeza. A este hombre le hace ejercer una influencia benéfica en el mundo y de paso le agranda el carácter; a aquel otro, en vez, le va marchitando los más delicados y exquisitos sentimientos y lo empequeñece, lo reduce y lo monetiza. (¡Conocí a un comerciante que tenía cara de moneda!) En un caso ensancha el alma y en otro la apriete y torna mezquina y ruin y la deja ajada. Su ausencia es siempre nefasta, su presencia abundante suele serlo también y no en menor grado; es una bendición por la que los humanos han dado gracias a Dios y una maldición por la cual los hombres se han maldecido a sí mismos. Se ha puesto incondicionalmente al servicio de las mejores obras que en el mundo existen. (Piénsese, por ejemplo, en algunos programas de la UNESCO, o del Consejo Mundial de Iglesias) e igualmente al servicios de las peores causas que uno imaginarse pueda. (Piénsese en el tráfico de drogas y de mujeres y niños; en la guerra y demás aspectos sórdidos de la humana existencia; o en las estructuras de nuestro sistema económico que hace que los menos se enriquezcan descontroladamente y los más se vayan sumiendo más y más en la pobreza, en la

miseria y en la desesperanza.) Cosa que se presta a tan contradictorios fines es moralmente neutra. No se trata del “vil metal”. Los viles somos nosotros. Y lo que necesita redimirse no es el dinero, sino quien lo maneja. En la medida en que nos falta redención y manipulamos el dinero como si fuera absolutamente nuestro, nos encaminamos a que eso neutro sea instrumento de mal y nosotros mismos salgamos muy dañados. Tratar de hallar seguridad “en cosa tan incierta” acaba por dejar marcada nuestra vida de suerte tal, que quedamos desubicados en relación con Dios, la vida y el prójimo. Puede ser –y de hecho lo es en sinnúmero de casos– signo clarísimo de falta de fe y confianza en Dios y su poder. Ya hemos notado cómo Jesús le opone el antídoto de “Tened fe en Dios.” Puede hacernos perder el sentido de la vida, como hemos tenido ocasión de comprobarlo en el capítulo precedente y hacernos caer víctimas de creciente e insaciable avaricia.⁶ Puede asimismo, como también hemos advertido ya, romper la fraternidad y negar nuestra hermandad con otros. Observemos que no es cuestión de cuánto tengamos o dejemos de tener, no es cuestión de ricos o de pobres. Es cuestión de una actitud hacia el dinero que nos esclaviza, sea porque poseyéndolo somos de él poseídos, o sea porque no poseyéndolo nos estemos muriendo de ganas por poseerlo y venimos así también a ser poseídos por la idea, o al decir del texto recientemente citado, el “amor al dinero”. Conocida de los lectores de la Biblia es la pregunta tan llena de lógica y sensatez y tan desatendida en la vida corriente: Peor el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón ¿cómo mora el amor de Dios en él?”⁷ Por su parte, Santiago también es incisivo cuando dice: “Si un hermano o hermana están desabrigados y tienen necesidad del mantenimiento de cada día y alguno de vosotros le dice: Id en paz, calentaos, mas no le da las cosas necesarias para el cuerpo, ¿de qué sirve?”⁸

Efectivamente, el amor al dinero nos causa negar la fraternidad y hacer añicos la solidaridad. ¿Qué significa la comunión cristiana, si dentro de la Iglesia a unos les sobra y a otros les falta? ¿Qué significa el amor cristiano, si los laicos de la Iglesia tienen un promedio de entradas muy superior que el que acuerdan a sus pastores? Esto es un tema que preocupa a muchos laicos en el día de hoy.

Pero no es sólo que la riqueza nos desolidariza de esta manera, sino de otra mucho más atroz: nos hace valorar a los hombres no por lo que son sino por lo que tienen o dejan de tener, lo cual es insultar gravemente la dignidad de los seres creados a imagen y semejanza de Dios. Tanta bajeza hay en reverenciar a alguno por ser rico como en menospreciar a otro por el hecho de ser pobre. Léase con detenimiento la

Carta de Santiago en punto a esta postura⁹ corriendo el albur de sentir molesta la conciencia.

He oído referir el caso de un estanciero vasco que vive en la Provincia de Buenos Aires, el cual se acercó al mostrador de uno de los bancos de la Capital Federal. Como fuera vestido con ropas campesinas, no recibió diligente atención de los empleados. Después de esperar largo rato, volvió a reclamar que quería tener una entrevista con el gerente del banco. Al reconocer al momento que se trataba de uno de los clientes más poderosos del establecimiento, con toda prontitud, lo condujeron donde fue recibido con muchas muestras de deferencia. Al invitársele a tomar asiento comentó: “Siéntense conmigo mis 50 mil vaquitas.” ¡Este hombre sintió la ofensa de ser menospreciado por su vestimenta y reverenciado por su cartera!

Todo esto y más que podríamos decir, es muy triste. Es una esclavización lamentable. Cristo quiere independizarnos de esa servil tutela, al llamarnos a vivir reconociéndolo a Él como Señor, y poniendo todas las cosas a su disposición. “Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.”¹⁰

El dinero puede, pues, ser enemigo de los verdaderos intereses y valores de la vida. Puede cerrarnos la puerta a una vida más alta y significativa, como ocurrió con el joven rico.¹¹ Puede impedirnos ser verdaderamente libres y funcionar gozosamente en el mundo de Dios. Cadoux ha dicho: “El rico acostumbrado a tener en sus riquezas la llave que abre todas las puertas, se encuentra ante la puerta del Reino de Dios en la situación absurdamente impotente del camello que pretende pasar por el ojo de una aguja.”¹²

El dinero al así endurecer los corazones, corromper el alma y dificultar la fraternidad, se vuelve enemigo de la vida espiritual. “El engaño de las riquezas –dijo Jesús– ahoga la Palabra y viene a quedar sin fruto.”¹³

El gran danés Kierkegaard al respecto dice: “Si un hombre escoge olvidarse de Dios y buscar sus propios bienes, se enreda en ansiedad... Si el hombre más rico que pudiera haber se olvida de Dios y piensa que se sostiene a sí mismo, tiene esta angustiada ansiedad. Sólo se libra de ella quien se contenta con ser un hombre y comprende que el Padre Celestial lo alimenta.”

Supeditarse a Jesucristo, con serio sentido de mayordomía, nos impone dos preocupaciones graves. La primera, atañe al uso del dinero y la segunda, a su origen. La pregunta es no sólo ¿Cómo empleo el dinero que tengo? sino también ¿Cómo lo he adquirido? Puede habernos provenido de una cruel explotación del prójimo y llegado amasado con el sudor, lágrimas y sangre de quienes han debido pagar el precio oneroso de su salud, de su libertad y aun tal vez de su vida. Estas

consideraciones se dirigen principalmente a empresarios, patronos o a quienes fijan salarios ajenos y a los que hacen ciertas inversiones o procuran determinadas formas de usura.

O puede proceder directamente de nuestra deshonestidad. Derrane pone en boca de uno de sus personajes estas palabras: “Prefiero que nos tengan por deshonorados y ser ricos a que nos tuvieran por honestos y ser pobres.” Preferencia tal no la puede tener quien de veras ama a Cristo.

O puede originarse en una cruel explotación de sí mismo. ¡Cuántos se desviven por su trabajo remunerativo! Visitaba en el sanatorio cierta vez a un alto ejecutivo que había sufrido un infarto. Durante la conversación admitió que su condición física se debía a las inmensas tensiones con que vivía y trabajaba. Cuando le hablé de la posibilidad de soltarnos en Dios y echar sobre Él nuestras cargas, el hombre me dijo: “Pero Dios no puede hacer todo.” ¡Y claro, él tenía que ayudarlo, aunque se matara!

O puede, en fin, haber sido dado a luz por el juego. Quejábame un médico del puritanismo de nuestra Iglesia. Explicándose vino a parar en la cuestión del juego. Muy suelto de cuerpo me dijo: “Las carreras no arruinan a nadie”. Le dije que no creía que las estadísticas apoyaran ese aserto. Pero –agregué- lo grave en el juego no es perder, sino ganar. Se me quedó mirando muy asombrado como demandando una explicación. Si un hombre gana y sabe que esa ganancia suya significa la ruina del otro, o falta de pan o techo para sus hijos, sólo una mano inmoral puede tomar ese dinero manchado y ponérselo en el bolsillo. Si el dinero es parte de la riqueza colectiva de toda la sociedad, la pregunta que debo hacerme es: “¿Qué derecho me asiste para poseer esta porción de dicho bien que me otorga de hecho el poder social?” La respuesta a ese nivel es “ninguno” pues no representa una retribución por el servicio que haya prestado al cuerpo social de que es parte. Dicho de otro modo, lo que me da derecho a poseer riqueza es el trabajo. La tentativa de lograr el dinero, sin pagar el precio de trabajo y servicio a la sociedad, es cosa profundamente inmoral. Si la pregunta la formulamos a nivel espiritual, la contestación es que Dios nos da bienes materiales a condición de que trabajemos en faenas que representan un bien para los demás. Entonces, si el dinero nos ha venido de arriba, sin haber nosotros puesto serio esfuerzo o si ha provenido de algunas de las otras formas que acabamos de mencionar, es dinero mal habido y blasfemamos cuando decimos: “es bendición de Dios”. El pan que nos da Dios es limpio; el pan sucio, empapado en lágrimas, sudor y sangre de otros, es un pan que arrebatamos. Y no hay que confundir una cosa con la otra. Si comer el pan limpio es

en verdad bendición de la mano generosa de Dios, comer el sucio es maldición de nuestro pecado. Gracias a Dios aun quedan en este mundo quienes no se avienen a recibir cualquier riqueza y escudriñan en cuanto a la limpieza de su origen. Enderezadas estas dos cuestiones, la del origen y la del destino de nuestros bienes mediante un encuentro vital con Cristo, el hombre experimenta una grande independencia. Bien dice Roger Mehl: “Para quien reconoce la soberanía de Cristo, el dinero pierde su poder. En la perspectiva de Cristo el dinero se desvaloriza; ya no importa el dinero en sí, o su mayor o menor volumen, sino la capacidad de disponer libremente de él. En este espíritu de renuncia puede el dinero constituir el objeto de una ofrenda a Dios o de una señal de unión fraternal como ocurría con el comunismo de la Iglesia primitiva.” A experiencia de esta índole alude H. Gollwitzer cuando hablando de los discípulos de Cristo, dice: “Son así librados de sus posesiones de tal suerte que ellas ya no pueden determinar su conducta”.¹⁴ Y también: “Lo que era así hasta ahora la marca de nuestro egoísmo, puede en adelante, bajo la influencia de la gracia, transformarse para los discípulos en instrumento de Dios”.¹⁵ Sólo entonces dejan de ser poseídos y pasan a poseer, pues poseer significa la capacidad de disponer.

Esta puesta en su lugar de las riquezas, las transforman radicalmente. Se opera en la mente de quienes las poseen una verdadera revolución, de muy prácticos efectos económicos y financieros. Despojado el dinero de sus atributos divinos, es decir de su carácter de ídolo demoníaco, pasa a ser en manos del que tiene a Jesucristo por Señor, una bendición para sí y para sus semejantes. Entonces y sólo entonces, podremos estimar los bienes materiales de que dispongamos, pocos o muchos, como un don del cielo y en consecuencia, administrarlos responsablemente.

El ya mentado pasaje de Timoteo nos dice que Dios “nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos.”¹⁶ Sorprende esta declaración a cuantos adhieren a un concepto ascético de la vida y se dan a una inmaterializada y romántica espiritualidad. No así a quienes se han impregnado de la enseñanza y actitud de Jesús. Tanto espacio ocupaba la alegría en su vida que le acusaron de comilón y bebedor y de carecer de solemnidad. La exuberancia de su gratitud le hacía recibirlo todo a cada instante como regalo de Dios. Por ello nos invita a confiar en el buen Padre que dará buenas cosas a los que le piden,¹⁷ cosas que abarcan todos los valores (y no únicamente los materiales) de nuestra existencia terrena. Place a Dios que con ellos nos deleitemos.

Eso sí, nada –ni material, ni espiritual- se nos da para disfrutar egoístamente, sino para compartir especialmente con los más pobres que nosotros (cualquiera sea el

orden de su pobreza). “Haciendo lo que es bueno con sus manos (notemos la santidad del trabajo manual) para que tenga qué compartir con el que padece necesidad”, nos dice la Carta a los Efesios¹⁸. A renglón seguido del texto citado de 1ª Timoteo se especifica esto de modo muy concreto: “Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos, atesorando para sí buen fundamento para el porvenir, que echen mano de la vida eterna”.

Recibir los bienes de la mano de Dios, con honda gratitud y profunda responsabilidad, significa evitar dos males opuestos: la dilapidación de tales bienes y la egoísta acumulación de los mismos. Ambos impiden que ellos corran libremente como agua viva y refrescante y hace que se estanquen como pantanos pestilentes. El dinero acumulado es factor de corrupción, como lo es también el dilapidado.

Pongamos término a este aspecto subrayando que no es lo mismo vivir como gerente de Dios que vivir con la engañosa idea de ser nosotros los dueños. Doblemente engañosa: primero por ser todo de Dios y segundo, porque quien se figura poseer los bienes materiales, en realidad es poseído por éstos. No es lo mismo por la calidad de vida que se vivirá y por las consecuencias últimas que de ella se han de derivar. Jesús nos dice en muchos pasos de su enseñanza que seremos llamados a cuentas. Descubriremos que somos **responsables**, es decir que tenemos que **responder** sobre cómo hemos vivido. Me limitaré a mencionar tres de sus parábolas. La primera es la de los talentos¹⁹. Todos habían recibido en fideicomiso una cierta suma, mientras durara la ausencia del dueño. A su regreso, todos, tanto el que recibió mucho como el que recibió la mitad como el que recibió menos, fueron llamados a cuentas. Los dos que produjeron reciben la misma aprobación, independientemente de las cantidades logradas. El que no hizo nada con lo recibido, fue condenado por inútil.

La segunda es la que ya vimos en parte, la del hombre rico y Lázaro²⁰. Nos dice la parábola que los dos hombres, como todos los demás mortales murieron. Lázaro fue llevado “al seno de Abraham” y el rico fue sepultado. A esto sigue la parábola trasladada a la eternidad. Algo se menciona entonces de la angustia y tormento del rico y del muy diferente destino del pobre Lázaro. Helmut Thielicke, el famoso predicador contemporáneo de Berlín, al comentar la parábola dice: “A Lázaro se le permitió ver lo que él creyó; pero al rico se lo obligó a ver lo que **no** creyó”²¹.

La tercera es la del Juicio de las Naciones²² donde las ovejas son colocadas a la derecha y recibidas con aprobación; y los cabritos a la izquierda y desechados. ¿Cuál fue el criterio del juicio? Unos habían tenido misericordia de sus semejantes y les dieron de comer, de beber y con qué cubrirse, los visitaron en sus enfermedades

y desgracias y llegaron aun a sus cárceles. Y los otros, no. Lo hecho a los hombres es considerado como hecho a Jesucristo mismo.

Recapitulemos nuestras conclusiones: Un sentido de mayordomía nos hará sumamente responsables en cuanto al manejo de los bienes materiales, lo cual a su vez significa, al menos, lo siguiente:

- a. Todo ha de ser recibido con gratitud y disfrutado con alegría.
- b. Lo recibido ha de ser compartido, especialmente con los menos favorecidos, con la misma generosidad que nos ha mostrado Dios.
- c. Ha de velarse por que el bienestar propio no se cimente en el sufrimiento ajeno y por que no haya intersticio alguno entre nosotros y la justicia.
- d. Ha de regirnos un criterio cristiano que nos permita discernir entre lo malo y lo bueno, entre lo injusto y lo justo y aun entre lo bueno y lo mejor. La ausencia de ese criterio impide que los bienes sean instrumento al servicio de los más sagrados intereses de la vida.
- e. La fidelidad en la administración ha de hacernos esquivar por igual la irresponsable dilapidación y la egoísta acumulación.
- f. En reconocimiento de todo lo cual, hemos de apartar parte de nuestros haberes para la obra de Dios y ofrendársela a Él, de modo que por ella sea Dios glorificado.

*“Mayordomía es todo lo que hacemos
después de decir: “¡Creo!”*

(D. Bonhoeffer)

NOTAS

- 1 Mateo 6:33.
- 2 Citado por Buttrick en *The Interpreter's Bible* vol. 7, pág. 323b. Abingdon-Cokesbury Press, Nashville U.S.A. 1951.
- 3 1ª Timoteo 6:17-19.
- 4 Zacarías 9:3-4.
- 5 1ª Timoteo 6:10.
- 6 Eclesiastés 5:10.
- 7 1ª Juan 3:17-18.
- 8 Santiago 2:15-16.
- 9 Santiago 2:1-9; 5:1-6.
- 10 Juan 8:36.
- 11 Lucas 18:18-30.
- 12 ***Le Christianisme Social.***
- 13 Mateo 13:22.
- 14 H. Gollwitzer "*La Joie de Dieu*" Delachaux et Niestlé S.A. Neuchatel 1947, pág. 173.
- 15 Id., pág. 177.
- 16 1ª Timoteo 5:17-19.
- 17 Mateo 7:11. Comp. Lucas 11:13 donde "Espíritu Santo" va en vez de "buenas cosas".
- 18 Efesios 4:28.
- 19 Mateo 25:14-30.
- 20 Lucas 16:19-31.
- 21 Helmut Thielicke, *The Waiting Father*, Harper & Row, N. York 1959; pág. 48.
- 22 Mateo 25:31-46.

CAPITULO 5

INSIGNE PRIVILEGIO

Andaba de recorrida Juan Wesley, cuando llegó a una de sus “sociedades” cuyas finanzas se habían deteriorado notablemente. Reunida la congregación, ocupaba uno de los primeros asientos un señor bien alimentado y muy expresivo, el cual siguió atentamente la predicación. Wesley mencionó su primer punto de esta manera: “Gana todo lo que puedas.” Tan entusiasmado estaba el susodicho señor que de pronto exclamó: “¡Magnífico! ¡Amén!” Imperturbable Wesley siguió a su segundo punto: “Ahorra todo lo que puedas” y el hombre desbordando entusiasmo gritó: “¡Mejor todavía!” Con calma prosiguió el predicador con su tercer punto: “¡Da todo lo que puedas!” Al oír esto se le decayó el ánimo al parroquiano que exclamó entonces: “¡Yo sabía que Mr. Wesley iba a arruinar su sermón!” Sin embargo, el predicador sabía lo que estaba diciendo; y de ello dio ejemplo constante por la generosidad con que desparramó sus haberes a lo largo de su vida haciendo bien. Recordaba, sin duda, aquella palabra de Jesús –una bienaventuranza que no citan los evangelios- pero que recogió el apóstol Pablo en su predicación, según se consigna en el libro de los Hechos: “Mayor felicidad hay en dar que en recibir.”¹ Lo cual no es cosa lírica, como opinan algunos. Pablo la cita corroborándola con lo que brotaba de su experiencia vital. Sí, existe tal cosa como la alegría de dar. Pero se trata de un gozo que, a veces, pasa por la frontera del dolor. Hay quienes no la llegan a conocer, hasta no haber dado al punto de dolerles. Me dijo un joven a poco de haberse iniciado en la práctica de dar: “Una vez que uno aprende a dar es un gozo el hacerlo.” Se sabía ante un insigne privilegio. “Permítame el privilegio de participar en esta noble empresa dando mi aporte”, me decía otro, enterado de cierta obra que la Iglesia estaba realizando. “Yo quiero dar para esto”, declaraba una señora. ¿No fue esto con lo que se topó el apóstol Pablo al levantar una colecta a favor de las víctimas de la sequía de Jerusalén? Las Iglesias de Macedonia a pesar de sus estrecheces pecuniarias, dieron “aun más allá de sus fuerzas pidiéndonos con muchos ruegos les concediésemos el privilegio de participar en este servicio”.² Quien comprende su responsabilidad de mayordomía, entiende bien este lenguaje. Sólo nuestra mezquindad nos impide comprenderlo. Nadie se reconoce como mezquino ni se confiesa tacaño. Pero, mira, pueden dar por seguro que eso y no

otra cosa es lo que en ti prevalece si cuando te piden para cosa buena, te sientes muy molesto. Caso contrario, sabrías como ellos que contribuir es un insigne privilegio.

Dar es hacer una buena inversión. Todos traducimos nuestra vida a dinero por medio del trabajo y del servicio. Revertimos el proceso al dar y traducimos el dinero en vida. Si damos para la Cruz Roja o para la lucha contra las enfermedades, etc., invertimos en la vida física de otros (y no solamente en ella); si damos para una obra comunal, invertimos en vida social; si damos para la educación, invertimos en el futuro de la juventud; si damos para la Iglesia, invertimos en vida espiritual. Tomemos por caso un hombre que entró en relación con la Iglesia. Al cabo de un tiempo nos dijo: “Esto ha transformado radicalmente mi vida. Yo estaba a punto de hacer quiebra en mi espíritu. ¡Y he encontrado la vida!” ¿Qué mejor inversión podemos hacer que producir cambios profundos en la vida de nuestros semejantes a través de lo que damos? ¿No es, acaso, un privilegio certísimo poder participar en cosas de esta especie?

Opera en esta esfera una extraña matemática. Cuanto más damos, más tenemos. En el Antiguo Testamento se relata la historia de Elías a quien Dios conduce a la casa de una pobre viuda que comparte con el fugitivo profeta la poca harina y el poco aceite que le restaban. Sin embargo, no por eso tiene menos. De alguna manera se le iba aumentando de modo que ni su harina, ni su aceite menguaban.³ Sirve esta experiencia de parábola para lo que venimos diciendo en relación con el privilegio de dar. Es una experiencia mil veces repetida, que podría ilustrar con numerosísimos ejemplos de que me he enterado de primera mano, o sacados de la propia experiencia personal. No tengo ninguna explicación racional para este fenómeno. La fe me dice que estamos ante el accionar de la providencia divina, que a mi esposa y a mí nos ha dejado maravillados en tantas oportunidades. Dar para otros es hacerlo para Dios, como no lo es menos invertir en nuestro sustento y satisfacción. Amar al semejante no significa caer en una obsesión que nos impida disfrutar sanamente y con contentamiento de corazón, las dádivas de Dios. Pero no podemos figurarnos que esto último sea “para Dios” si ahí se para: dar para otros ofrece a nuestras finanzas una nueva dimensión. A medida que entra el prójimo en el campo de nuestras preocupaciones, se activa nuestro ejercicio del privilegio de dar y lo percibimos como parte de la sentida necesidad de dar para Dios, es decir, ofrendar **sensu stricto**.

Un modo usual de hacerlo es presentando nuestras ofrendas en la Iglesia. Justifícanse algunos por ausentarse de las tareas de ésta, del servicio que ella

brinda y del culto que a Dios rinde, con el pretexto de que “la Iglesia siempre está pidiendo” y que “cuesta mucho”. Algo parecido le dijeron un día al doctor Pablo Leinbach quien respondió de esta manera: “Cuando nació mi bebé en seguida comenzó a ocasionarme gastos y no dejó de costarme dinero para su manutención, para su salud, para su educación, para su ropa. Al ir a la escuela, los gastos aumentaron. Cuando se puso los pantalones largos volvieron a subir y más todavía cuando ingresó a la universidad. Pero un día sufrió un síncope cardíaco y falleció. Me costó algo el entierro, pero desde entonces no me costó nada más. ¡Pero yo quisiera tenerlo!”

¡Una Iglesia viva nos cuesta pero quisiéramos tenerla! Sí. Y mientras haya gente que necesita, mientras haya refugiados que atender, víctimas de catástrofes o de guerras que auxiliar, mientras haya vidas que ayudar a crecer y disfrutar de las buenas cosas que da Dios, yo quiero una Iglesia que me pida y me brinde así el privilegio de dar.

Clarísimo está que cuando damos nuestras ofrendas en el culto, no es para comprar a Dios, conformarlo y acallarlo y tener así más libertad para desobedecerle. ¡Nada de eso! Cuando damos en la ofrenda expresamos nuestra gratitud a la par que reconocemos el señorío de Dios sobre cuanto tenemos (no sólo de lo que ofrendamos). Va en ello implícito el compromiso de utilizarlo todo concorde con sus propósitos. Principio revolucionario es éste que nos posibilita el privilegio de vivir pecuniariamente en un nivel más alto: aquél en el cual Dios nos habla diciéndonos qué hemos de hacer.

Íbamos en el auto de un destacado laico de la Iglesia Metodista, cuando la conversación rodó, no sé cómo, sobre el tema que aquí nos ocupa. “Yo puedo decir –me dijo- que sé lo que es dar por orden de Dios. Dios me dijo a mí concretamente en ciertas oportunidades que tenía que dar. No puedo darte los detalles del asunto. Pero estoy seguro de que era la voluntad de Dios que diera lo que di.” Y luego agregó: “¡Y qué hermoso es administrar el dinero así!” Si al hacer nuestras inversiones, testar bienes, legarlos o donarlos, le consultamos, entramos al insigne privilegio de ser “colaboradores de Dios”. Fuente de no menguada alegría es esta relación que se entabla entre Dios y nosotros en punto a nuestras finanzas.

Una de las personas de mi relación que más profundamente estimaba este privilegio, era una mujer extremadamente pobre. Se llamaba Da. Prudencia Castro. Tan pobre era que por un tiempo la Sociedad Femenina de la Iglesia Central de Montevideo le daba la leche diaria para subvenir a sus necesidades. Al recibir una magra pensión del Gobierno, renunció a la leche para que fuera dada a otros más

necesitados que ella. Ella sabía organizarse para tener qué dar, de su pobreza. Hubo que hacer en cierta ocasión reparaciones en el templo, por un percance que sufrió el edificio. En la campaña financiera que se hizo entonces apareció ella con una donación que sorprendía y conmovía a la vez. Un matrimonio que días antes me había expresado cuánto lamentaba no poder hacer su aporte por estar construyendo con serio esfuerzo su casita, sabedores de esa donación (y no porque ella lo hubiera dicho) vinieron a decirme: “Pastor, si ella puede dar tanto, nosotros también haremos nuestra contribución, aunque tengamos que postergar un poco más nuestro rancho.” Pero doña Prudencia no sólo daba para la Iglesia sino para otras instituciones y uno se asombra de cómo pudiera hacerlo. Algún tiempo después, hubo una serie de huelgas de ómnibus que se hicieron durante varios fines de semana seguidos. Al terminar esa serie infortunada, volvió doña Prudencia al culto. No sólo traía consigo los sobres con su ofrenda de los domingos en que no estuvo presente, sino también el importe de los boletos del ómnibus diciendo: “Yo no quiero que mi ausencia al culto me reporte ganancias.” En otra ocasión, fuimos sorprendidos en la Junta Directiva de la Iglesia, cuando una de las señoras de más holgada posición nos dijo: “Debo confesar algo. Hace unos meses recibí una donación y la retuve hasta ahora; pero hoy la quiero entregar. Este dinero pertenece a doña Prudencia.” Era una suma importante. Prosiguió: “Retuve este dinero tratando de convencerla de que no debe hacer semejante donación. Y, créanme, que al recibirla me tembló la mano como si nunca hubiera tenido una suma tan grande. Pero me doy por vencida y hago entrega de este dinero.” Era que le habían pagado una retroactividad de lo cual distraía una mitad para la Iglesia y la otra para otro fin. La Junta Directiva me comisionó para hablar con ella y persuadirla de que no debería hacerlo. Un poco ingenuamente, acepté la comisión. Ni bien comencé a hablar y ella adivinó hacia dónde iba, me atajó diciendo: “Ni usted, ni la Junta Directiva, tienen derecho de privarme del privilegio de ser agradecida con mi Dios.” ¡Extraño privilegio! ¡Y cuánto gozo irradiaban los ojos de esa anciana! Sentí que estaba pisando tierra santa y no pude insistir. Cuando Dios habla, Él sabe todas las cosas y sabe qué órdenes da. Ni fue la única vez que intenté persuadir a alguien que estaba dando demasiado. Pero esta actitud no se limita a los pobres, si bien entre éstos se dé con más frecuencia que entre los pudientes. Esa misma señora de la Junta Directiva aludida hace un momento, era un ejemplo de generosidad silenciosa y constante. Únicamente por infidencia de alguien me enteré yo de algunas de sus muchas donaciones que hacía desprendidamente como quien usa un privilegio, sin ostentación de especie alguna.

Pero dar al acaso, al impulso del momento, puede hacer más mal que bien. De ahí que sea necesario dar inteligente y planificadamente. En esa planificación de nuestra dádiva, es donde podemos escuchar a Dios que nos hablará en una de las muchas y diversas maneras con que Él se nos da a entender.

Conserva el Nuevo Testamento dos documentos que proceden de la pluma del apóstol Pablo, que hoy se encuentran en la Segunda Carta a los Corintios, aunque hay eruditos que piensan que formaban originalmente parte de dos Cartas distintas.⁴ Como quiera que esto corresponde a preguntas que dimanen de la estructura de la Carta, no es cosa que nos preocupe aquí, pues solamente nos interesa el contenido de ellos. Uno aparece en el capítulo 9 y el otro, al que ya nos hemos referido, en el capítulo 8.⁵ Ambos documentos atañen a la ofrenda para los pobres de Jerusalén que por iniciativa del apóstol se recogían en las Iglesias, fruto de su labor misionera fuera de Judea. Estos documentos nos ayudan a reunir algunas características de la ofrenda, aunque el apóstol no se haya propuesto darnos una exposición sistemática sobre el tema, ya que –y esto lo hace doblemente valioso- escribe simplemente para tratar cuestiones prácticas del momento.

Basándonos entonces en estos pasajes, haremos una somera caracterización del espíritu de la ofrenda. La ofrenda para ser cristiana ha de ser gozosa.⁶ No vale pues la que se hace a regañadientes y no con ánimo bien dispuesto y espontáneo. No se trata de una simple satisfacción, ni de sentirse generoso. Se trata de un gozo abundante, dinámico, que viene de Dios. Dar así es un don de Dios, una gracia.⁷ “Cada uno dé –exhorta el apóstol- como propuso en su corazón, no de mala gana ni forzadamente. Dios ama al dador alegre.”⁸ En consecuencia es una ofrenda generosa, movida por el amor.⁹ El apóstol sabe cuánto puede el corazón pecador del hombre ahogar sus nobles impulsos y declara que Dios es poderoso para vencer nuestras resistencias y dar rienda suelta a la abundancia del amor, a la preocupación por los pobres y al anhelo de justicia.¹⁰ El secreto íntimo de la ofrenda, estriba en una completa consagración a Dios.¹¹ Toda deficiencia en ese sentido apunta entonces a una cuestión espiritual.¹²

El apóstol insiste en que la buena intención no basta. Hay que materializar la disposición a dar.¹³ Se comprende entonces la necesidad de ordenar nuestras ofrendas y de sistematizarlas. Pues el desorden puede hacer que las buenas intenciones no se concreten. Por lo pronto, si no tenemos previsión, puede la ocasión tomarnos de sorpresa y no hallarnos en condiciones de hacer lo que hubiéramos querido.¹⁴

Hay una palabra dirigida a la comunidad. Las dádivas deben ser proporcionales a nuestras posibilidades. Aumentan los ingresos, debe normalmente aumentar la ofrenda. Muy sensatas son las reflexiones del apóstol a este respecto: La ofrenda “será aceptada según lo que uno tiene, no según lo que no tiene”. Para que “no haya holgura para otros y estrechez para vosotros, sino con igualdad y que la abundancia vuestra supla la escasez de ellos... para que haya igualdad”.¹⁵ Sobre la metodología dice en otra parte: “Cada primer día de la semana cada uno ponga aparte algo, según haya prosperado.”¹⁶ El orden de las finanzas despeja el camino para la generosidad y no deja que se le robe a la consagración su contenido. Se recuerda lo que dice el himno al amor de 1ª Corintios 13, que si uno tuviera ciencia, lengua y dádiva, pero carece de amor, es pura cháchara. Lo trágico del desorden en las finanzas personales es que copa las mejores intenciones del corazón, roba sinceridad a nuestro amor y pone en jaque la propia honradez.¹⁷

Asimismo, dice algo el apóstol que viene muy bien a tesoreros, pastores, o quienquiera tiene la responsabilidad de administrar el resultado de las ofrendas. Después de declarar que ha escogido a personas de integridad que gozan de la confianza de todos, redondamente declara: “Evitando que nadie nos censure en cuanto a esta ofrenda abundante que administramos, procurando hacer las cosas honradamente, no sólo delante del Señor, sino también delante de los hombres.”¹⁸ Esta clarísima posición hace muy poco comprensible que algunos consideren el control como falta de confianza. Es obligación de quien administra dineros donados, dar cuenta clara de dicha administración. Importante es que sea recta delante de Dios para nuestra conciencia; pero para la comunidad es igualmente importante que sea nuestro proceder honesto delante de los hombres. (En todo caso eso de que se nos tenga confianza, no es cosa que tengamos derecho a exigir de otros, ni ofendernos porque ella no sea tan categórica como quisiéramos. La confianza en el otro se despierta; y si no la despertamos, no la podemos reclamar.) Hay en estos pasajes una promesa; a saber, que nadie se empobrecerá por ofrendar a Dios para bien de otros. “El que siembra generosamente, generosamente recogerá.”¹⁹ Es una promesa hecha para que no cedamos al desaliento y al temor, sino que nos afiancemos en la fe. Si en lugar de tener esta idea a nuestra retaguardia para no dejarnos retroceder a niveles inferiores de generosidad, la ponemos adelante, como meta para acicatearnos más dar, erramos totalmente y nos descaminaremos, pues introducimos en nuestra dádiva un interés ulterior, que es como las moscas muertas en el perfume: lo echan a perder.²⁰

En medio de todas estas exhortaciones prácticas, el apóstol echa el fundamento teológico, la razón más profunda de nuestra dádiva: lo que Cristo hizo por nosotros. “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.”²¹ ¿Es cosa de sorprenderse entonces que la gratitud sea el alma de la ofrenda?²² La gratitud amplía el horizonte, ensancha el espíritu y hace crecer nuestra estatura moral y espiritual. Nada despierta tan intensamente nuestra gratitud como el amor de Dios manifiesto en la dádiva de Jesucristo. Cuéntase que Tintoretto se hallaba pintando el mar y de pronto, desalentado arrojó de sí el pincel diciendo: “¡Es imposible, el mar crece y crece cada vez más. No se lo puede pintar!” Así es el amor de Dios, que al contemplarlo hace crecer nuestra gratitud y deja incapacitada nuestra comprensión. “El amor de Dios que sobrepasa todo entendimiento.”²³ De esa gratitud esencial se alimenta nuestra ofrenda constante y manan los agradecimientos que a diario provocan las bendiciones concretas que vamos recibiendo de la mano pródiga de Dios. A estas últimas solemos dar expresión mediante ofrendas especiales.

Nos damos bien cuenta que todo cuanto podamos ofrendar no basta como manifestación acabada de nuestra gratitud ni del reconocimiento de la infinitud de nuestra deuda. Entonces nos sabemos conducidos a algo mucho más difícil: la entrega sin reserva de todo nuestro ser. Y cantamos:

“Mi todo a Dios consagro
en Cristo el vivo altar.”

En esa dirección va el culto que dirigimos a Dios, que no se agota en el acto cultual del que participamos con toda la comunidad; lejos de ello, adorar a Dios es vivir con el espíritu abierto a su verdad, amor y poder a fin de que su realidad penetre en todo nuestro ser e informe todo nuestro hacer.

*“No daré a mi Dios dádiva
que no me cueste.”*

(David)

NOTAS

- 1 Hechos 20:35, Biblia de Jerusalén.
- 2 2ª Corintios 8:1-4.
- 3 1ª Reyes 17:2-7.
- 4 Jean Héring, *La Seconde épître de Saint Paul aux Corinthiens*; Delachaux et Niestlé; Neuchatel, 1958; pág. 73.
- 5 2ª Corintios 9:1-15; 8:1-21.
- 6 9:1,7; 8:2; 3.
- 7 8:1; 9:8.
- 8 9:7.
- 9 8:2-3; 9:11; 9:6.
- 10 9:8-9.
- 11 8:5.
- 12 9:13-14; 8:5.
- 13 8:10-12.
- 14 9:4-6.
- 15 8:12-14.
- 16 1ª Corintios 16:2.
- 17 8:8.
- 18 8:18-21.
- 19 9:6; 10, 11.
- 20 Eclesiastés 10:1.
- 21 8:9.
- 22 9:11; 12; 15.
- 23 Efesios 2:4-5; 3:19.

CAPITULO 6

SENTÉMONOS A HACER NÚMEROS

Acaba el Antiguo Testamento con un pequeño librito, conocido por el nombre de Malaquías, que significa “Mensajero”. Por eso no sabemos si es nombre propio o caracterización de su misión. La cosa no es de excesiva importancia y puesto que hay que darle un nombre, llamémosle “Malaquías”. Era hombre de no estarse encerrado en el escritorio o en el claustro. Salía a la calle y discutía vigorosamente con la gente en defensa de la causa de Dios. Su mensaje forjado en los golpes del trajinar callejero, lo expresa en forma dialéctica. Se hace eco de las objeciones de sus contemporáneos, en tiempos de muy bajo nivel espiritual y pone la respuesta en labios de Dios. Así, escribe el diálogo que sigue.¹

Después de señalar la fidelidad incambiable de Dios, contrastada con la infidelidad versátil del pueblo, el diálogo comienza con un llamado al arrepentimiento:

-¡Volveos a Mí y yo me volveré a vosotros!

-¿En qué sentido hemos de volvernos?

-¿Robará el hombre a Dios?

Esta pregunta está cuajada de amplísimas consecuencias. Si, como lo hemos venido sosteniendo, a Dios pertenece cuanto somos y tenemos, disponer de nuestra vida y de nuestras cosas a nuestro antojo es evidentemente, robar a Dios. Pero en este punto de profecía Malaquías es muy preciso, concreto y restringido. Sigue el diálogo así:

-¿En qué te hemos robado?

-¡En vuestros diezmos y ofrendas!

Esto ya nos introduce en la cuestión del diezmo, del cual dice Antonio Variso (Jr.) en el prefacio a un libro de Josué A. de Oliveira sobre el tema, “que es uno de los asuntos menos sabrosos a un sinnúmero de paladares.”² Si el tuyo se encuentra entre ellos, lo lamento. A mí no me gusta la cebolla y a ti no te gustan los higos, lo cual no es argumento alguno ni contra aquélla ni contra éstos. Por lo demás, el paladar se educa. Lo que importa es saber si lo que nos gusta o disgusta es asunto que merece nuestra atención. Quizá lo que molesta a algunos en esta cuestión es que fuerza a pasar del asentimiento teórico que hayan podido dar a lo que antecede, a sentarse a hacer números. A esta tarea hay quienes le rehúyen por temor o

repugnancia, o no sé qué. Pero todos tenemos alguna vez que sentarnos a hacer cuentas. El diezmo significa calcular lo que hemos de ofrendar. A esto algunos se resisten, prefiriendo en cambio, “dar con espontaneidad”. La práctica demasiado generalizada de echar la mano al bolsillo y ofrendar lo primero con que ella se topa ahí dentro, aparte de ser una interpretación escandalosamente literalista del dicho de Jesús de que “no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha”,³ es sumamente peligrosa. Siguiéndola se suele estar donando mucho menos de lo que se figura, o dando cosa muy distinta a lo que se pensaba. Se cae en lo arbitrario y se relega la ofrenda a la zona nebulosa del azar. Se echa así por la borda lo que llevamos dicho en el capítulo anterior, entre otras cosas, que la dádiva ha de ser voluntaria, metódica y proporcional. Ese proceder no presenta barrera alguna contra las tendencias subconscientes que nos arrastran regresivamente hacia la mezquindad. Esto puede incluso ser una enfermedad. La llamamos en nuestra tierra: “amarretismo”. Supongo que se deriva de estar amarrados a nuestros dineros. Que en muchos casos es una enfermedad, no me cabe duda alguna y me sentiría tentado a iniciar un movimiento de “Amarretes Anónimos”, pero la sigla ya está ocupada y patentada en plaza por un benemérito movimiento. ¡Pero tal vez sería el medio de curarlos!

La ofrenda no fue, ciertamente, invento de los judíos, sino que remonta a tiempos antiquísimos. Hay una imperiosa necesidad de ofrendar en el alma humana. Todos los pueblos han ofrendado a sus dioses, a veces sin detenerse siquiera ante la magnitud del sacrificio, tal la práctica del sacrificio de vidas humanas, que en Israel fue desterrada desde los tiempos de Abraham y de Isaac. Tampoco fue invento de ellos el de sacar la décima parte de los bienes para presentarlos a la divinidad. En la Biblia el diezmo aparece con Abraham en su encuentro con el extraño personaje llamado Melquisedec.⁴ Siglos más tarde se incorpora a la ley la práctica del diezmo como la ofrenda mínima, además de las ofrendas voluntarias.⁵ Queda claro que el diezmo es anterior a la Ley y no creación de ésta.

Visto que se mostraba remiso en cumplir la Ley (no sólo en este punto, sino en muchos otros), Malaquías enrostra a su pueblo su tesitura y la declara causada por la ingratitud. De entrada lo dice la profecía:

-Yo os he amado, dice el Señor.

-¿En qué nos amaste?, contesta el pueblo.

Cuando no se ve el amor de Dios es porque la ingratitud cual cerrazón llena el espíritu y deja impedida la visión. Cuando a tal estado de postración llega el espíritu del hombre, la dinámica para ofrendar desaparece. Acaba Malaquías el altercado

con su pueblo, poniendo en boca de Dios este desafío. “Probadme ahora en esto, dice el Señor de los ejércitos, traed vuestros diezmos y veréis si no os abriré las ventanas de los cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.”

Es importante observar que en la Biblia el diezmo es una expresión de fe: un reconocimiento del poder de Dios. En el pasaje ya citado⁵ se nos anuncia el propósito del diezmo: “Que aprendas a temer al Señor tu Dios todos los días.”

No escasean en la Iglesia quienes le sacan el cuerpo a este reto. No sólo eso, sino que llegan a objetar al hecho mismo de diezmar. Huelga decir que tal objeción no la hacen diezmeros. Como no hay regla sin excepción, debo mencionar que un diezmero me hizo una objeción: “A mí no me alcanza el diezmo para dar lo que quiero dar para mi Dios”. ¡Pero eso va en sentido inverso! Después de cuarenta y cinco años de experiencia pastoral, creo no caer en exageración al decir que por lo general los diezmeros son mucho más generosos que los que no lo son.

Otro cristiano me dijo lo siguiente: “Dios a mí me ha dicho: ‘No me conformo con tu diezmo.’ Y fui aumentando y un día comprendí que me decía: ‘Ni me conformo con tu 20% ni con tu 30%. Quiero el 100% en la forma de la totalidad de tu tiempo.’” Y tuvo que renunciar a un puesto muy bien remunerado para dedicarse a un aspecto de la obra cristiana con muy inferior retribución.

¿Cuál es la objeción entonces? Es ésta, y tiene serio asidero teológico, que no podemos eludir. Argumentan así: “Cuando pasamos del Antiguo Testamento al Nuevo, desaparece la insistencia específica del diezmo, pues se pasa de la esfera de la Ley a la de la Gracia. Insistir en el diezmo es un legalismo que por ser tal carece de hondura religiosa y desespiritualiza la ofrenda.” Hay que admitir la fuerza del argumento. Hacer de esto una cuestión legalista nos pone en contradicción y hace caer en injusticia. Nos pone en tesitura de jueces de otros y puede dar lugar a que alguno se aferre a la práctica como si fuera un mérito, lo cual es fariseísmo. En la parábola en que dos subieron al templo a orar, el que merece la condena de Jesús entre otras cosas dice: “Doy diezmos de todo lo que gano.”⁶ Es evidente que esta actitud legalista está en las antípodas de la posición de Jesús.

Hablando a los fariseos Jesús les dice: “Vosotros diezmáis la menta, el eneldo y el comino y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia, la fe. Esto es necesario hacer sin dejar de hacer aquello.”⁷ Jesús no pierde su sentido de proporción, su escala de valores y no puede menos que censurar la actitud de los que llevan esta cuestión de diezmar hasta extremos de detalle y minucias como eso de diezmar la menta, el comino y el eneldo y olvidarse de lo verdaderamente

importante. Con todo, subsisten aquellas palabras de Jesús que no hay por qué escamotear: “sin dejar de hacer aquello”. Pierre Bonnard, tras recordarnos que el Cristo mateano no condena en principio la minucia farisaica, dice: “Los fariseos son víctimas no sólo de negligencia o de inconsecuencia, sino de una perversión religiosa que les hace tomar lo secundario por lo esencial.”⁸

Junto al templo, observando las ofrendas de ricos (¿acaso diezmeros?) y de una pobre viuda que echó en el arca sólo dos blancas, la ponderación de Jesús fue a favor de la ofrenda de la viuda⁹. Naturalmente, aquí también ataca Jesús el espíritu legalista y hace entrar en su juicio otros criterios aparte de los meramente matemáticos. Con todo, no ha de verse en este episodio ningún ataque a la práctica del diezmo en sí, porque lo que el Señor alaba no es la pequeñez de la ofrenda, sino la generosidad con que fue dada. Ella dio **todo** lo que tenía. Dio mucho más de lo que ley alguna pudiera de ella exigir.

Jesús, más bien, censura el empeño de retacearle la ofrenda a Dios, limitándose a dar de lo que les sobraba. Concuera con esto el mensaje de Malaquías quien alude a la práctica de ofrendar animales defectuosos y a la actitud del que decía socarronamente: “¿Y este animal no es acaso defectuoso? ¡Pues démoslo para la ofrenda!” Con mucha ironía les dice el profeta: “Preséntalo como regalo a tu príncipe. ¡Acaso se agrada de ti!” A eso le llama Malaquías ofrenda sucia, dada sin alegría. “Habéis, además, dicho: ¡Oh que fastidio! Y me despreciáis, dice el Señor. Trajisteis lo hurtado, lo cojo, lo enfermo y lo presentasteis como ofrenda. ¿Aceptaré yo esto de vuestra mano?”¹⁰.

En Mombasa (Kenya) tuve ocasión de visitar un templo hindú en honor del dios Vishna. En el santuario, junto al ídolo, estaban las ofrendas para los pobres. El que estaba a cargo, no quería dejarme entrar y quería más bien orientar mi atención a las puertas hermosamente labradas en plata. Pero ante mi insistencia, me dejó franco el paso. Lo que vi, me llenó de horror. Las ofrendas para los pobres eran verduras en estado de descomposición arrojadas en el suelo al pie de la imagen. ¡Eso no servía ni para los cerdos!

No encontrarán en Jesús mucho consuelo quienes tienen por excesivo ofrendar el diezmo, pues los Evangelios nos consignan que exigió mucho más que el diezmo. Al joven rico le dijo: “Si quieres ser perfecto, ve, vende **todo** lo que tienes y dalo a los pobres y ven, sígueme”. Zaqueo comprendió la exigencia de Jesús como que contenía una fuerte consecuencia financiera: “La mitad de mis bienes doy a los pobres, y si he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado”. Sus discípulos tuvieron que abandonar lo poco que tenían par seguirle. Nadie tiene derecho a dar

por sentado que Jesús exige menos de él que eso, sin habérselo preguntado y esperado atentamente su respuesta.

Concluimos, entonces, que la objeción de legalismo es válida en tanto que señala un peligro. Pero no se cae necesariamente en él por el hecho de practicar el diezmo. Por otra parte, quien presente este reparo, ha de velar no sea que lo traicionen los deseos subconscientes y esté ocultando detrás de esta argumentación las mezquindades de su espíritu e intente hallar una justificación a su falta de desprendimiento para con Dios.

Repasemos los fundamentos en que descansa la práctica del diezmo.

El fundamento teológico quedó explícito desde el principio de nuestro estudio. Todo es de Dios. Esto, Jesús lo creía a pie juntillas. El diezmo y demás ofrendas son un reconocimiento de ser esto así. “¿Robará el hombre a Dios?”

El fundamento moral es que siendo Dios generoso, debemos serlo también nosotros. Jesús con su ejemplo nos insta a dar y dar hasta darnos a nosotros mismos. Nos insta a amar a Dios y al prójimo de todas veras. Ofrenda que represente estas cosas no habrá de ser mezquina; y el diezmo sigue dándonos la pauta de lo que ella debe ser para simbolizar adecuadamente este reconocimiento, este amor y esta, nuestra consagración a Él.

El fundamento espiritual es que debemos mantener independencia del asidero férreo que el dinero suele ejercer sobre el espíritu humano. Si queremos disfrutar de la vida espiritual lozana, es menester a toda costa independizarnos de la tiranía del dinero. La práctica del diezmo va enderezada a este fin. El amor al dinero nos hace mezquinos y compele a razonar según nuestras conveniencias financieras egoístamente consideradas. El no estar bajo la Ley sino bajo la Gracia, no significa para nosotros “una gracia barata”. Hay además del judaísmo otras Iglesias como la Adventista, la Pentecostal, etc. que hacen del diezmo una obligación eclesiástica. Ese carácter de obligatoriedad externa se abre a esta crítica: de estar bajo la Ley. Pero estar bajo la Gracia no habrá de hacernos menos generosos. Al contrario, lo que por ley sería injusto se nos exigiera, la gratitud y el amor cristiano, pueden reclamarlo de nosotros. La gracia nos capacita para hacer más, -infinitamente más- de aquello a que la ley nos puede obligar.

Si me preguntas cuánto es lo menos que puedes dar y todavía complacer a Dios, te respondería que malas preguntas provocan malas respuestas. Esa pregunta no es la que brota del corazón agradecido por la inmensa bondad de Dios, sino esta otra: ¿Cuánto más puedo dar? Si contestamos a la primera pregunta diciendo: el diezmo,

desvirtuamos su naturaleza inmediatamente. Para la segunda, por cosas ya mencionadas, esa respuesta sería inadecuada.

Pasemos a mentar algunos de los valores prácticos y positivos de este sistema de ofrendar:

1. Es una sana disciplina financiera. Cuando somos indisciplinados o desorganizados en nuestras finanzas, nunca nos alcanza lo que tenemos para nada. En muchas familias las finanzas son caóticas. Conozco a quienes el haber aceptado ser diezmeros introdujo un elemento de orden en sus finanzas. La determinación de ofrendar proporcionalmente a nuestros ingresos y mantenerla con cierto rigor, sentándonos a hacer números nos libra de lo arbitrario en el dar. Entonces no damos de acuerdo con las circunstancias del momento, ni al impulso de la emoción, ni al gusto personal nuestro. Quedamos al abrigo de tales arbitrariedades amparados en un criterio superior.

Hay quienes deciden sustraerse de la obligación de ofrendar porque no están de acuerdo con la predicación del pastor. Ello es un desconocimiento radical de la ofrenda cristiana. Lo que ofrecemos a Dios, no es **nuestro** dinero, para que podamos disponer de él de esa manera y pretender manejar la predicación o la Iglesia con criterios burgueses de nuestra importancia económica. La práctica del diezmo en realidad nos impide caer en esto, o lo hace menos probable.

Escucho una objeción diciéndome que todo esto es muy cierto de una ofrenda proporcional, pero que esa proporción no es necesariamente la décima parte. ¡De acuerdo! Pero lo que importa es que fijas la proporción y no la dejes librada al vaivén de tus ocurrencias. Y al hacerlo así has de consultar seriamente a Dios, como también debe hacerlo el diezmero, no sea que Dios a unos y a otros esté pidiendo más. Muy serias deberán ser las razones para decidir en una proporción menor que el diezmo. Después de todo, la décima parte no es una cantidad exagerada, ni por lo mucho, ni por lo poco. Si queremos ofrendar diciendo: "Todo es tuyo, Señor y de lo tuyo te damos como una expresión de nuestra gratitud y consagración a ti" no podemos presentarnos con una migaja, por nuestra carencia de generosidad. La proporcionalidad de la ofrenda no debe tornar incongruentes esas palabras del ofertorio. Cualquier proporcionalidad que escojas has de hacerlo sentándote a sacar cuentas, para hacer tu promesa y luego no desdeñarte de ella y así defraudar a Dios.

2. La práctica de diezmar se torna en una fuente de gozo. Uno se pregunta por qué a la gente que más tiene suele resultarle más costoso el hacerse diezmera. Me parece que la explicación es sencilla. Se mira cómo aumenta el bulto de lo que se da y no se mira cómo aumenta el 90% con que se queda. Sin querer, se resbala a la ingratitud. Como una persona que aprendió esto de diezmar de sus padres, que tenían muy modestas entradas para sostener a una familia numerosa y que lo ha venido practicando desde su niñez, puedo unir mi testimonio al de tantos otros diezmeros y decir que me ha sido una fuente de bendición y grande alegría. No conozco ningún diezmero que esté arrepentido de serlo. El testimonio unánime que dan es positivo. Ese testimonio no ha de ser desechado ligeramente por sus hermanos en la fe.
3. Pone esta separación sistemática y proporcional de una parte de nuestros bienes para la obra de Dios a la disposición del mayordomo una cierta suma a la cual recurrir ante apelaciones de emergencia por situaciones inesperadas. Los diezmeros, acerca de si todo el diezmo debe ir a la Iglesia o una parte a ella y otra a otros aspectos de la obra de Dios, tienen opiniones dispares. Esto queda, desde luego, como todo el asunto librado a la conciencia en su diálogo con Dios. Lo que importa es que se haga la separación; y lo así apartado quede como cosa sagrada para Dios e intocable para otras emergencias corrientes.
4. Hay un elemento de verdad en la promesa que Malaquías trasmite en nombre de Dios. Dar se nos torna en bendición, incluso material. ¡Pero atención! con no echarlo a perder todo, considerando el diezmo como un exitoso procedimiento financiero, cosa que hay quienes han hecho. En una revista en que se publican testimonios de diezmeros, éstos suelen hacer hincapié en este beneficio material. Pero un día apareció un testimonio diferente de un hombre a quien las cosas le fueron de mal en peor desde que se hizo diezmero. Al fin de su testimonio, el hombre decía: “Sin embargo, sigo insistiendo en ser diezmero porque estoy convencido de que es mi deber”. Algunos meses más tarde se publicaba otra carta de alguien que a raíz de ese testimonio quedó tan impresionado que había resuelto él también hacerse diezmero.
Un buen amigo me dijo un día que él no podía ser diezmero a causa de los compromisos que tenía. Sin embargo, no había hecho la prueba para ver si realmente era así. Ninguno de los que se aventuraron a la decisión se han sentido frustrados. Y no es cuestión de ricos o pobres. Sé de diezmeros en

ambos grupos. ¿Por qué no hacer la prueba por un tiempo prudencial? Si dices que esto es un asunto muy personal y que nadie tiene derecho a entrar en el fuero íntimo del otro y juzgar su ofrenda, recuerda que nadie tampoco tiene derecho, si es cristiano, a no preguntarle a Dios: ¿Qué ofrenda reclamas de mí? Mal podemos ofrecernos en seria consagración escondiendo con la mano nuestros bienes ¡no sea que Él venga a tocarlos! No podemos decirle a Él: En esta cuestión déjame a mí ser mío y hacer como yo quiera. Presentemos todo a Dios sin retaceo alguno, para estar a su entera disposición. ¡Y no te olvides, al fijar tu ofrenda, de sentarte a hacer cuentas! Quizás para entender a Dios tengas que consultar con tus hermanos que a través de ellos suele hablarnos Él.

“El desorden de sus finanzas es causa de que a algunos se les escabulla la honradez.”

(Anónimo)

NOTAS

- 1 Malaquías 3:6-12.
- 2 Josué A. de Oliveira. **O Dízimo**. Imprensa Metodista, Sao Paulo; (Sao Bernardo do Campo) 1972, pág. 13.
- 3 Mateo 6:3.
- 4 Génesis 14:18-20 (Ver Hebreos cap. 7).
- 5 Deuteronomio 14:22-29; Levítico 27:30.
- 6 Lucas 18:9-14.
- 7 Mateo 23:23, Lucas 11:42.
- 8 Pierre Bonnard, L'Évangile selon Saint Mathieu 2de. Ed. Delachaux et Niestlé, Neuchatel; 1970; pág. 840.
- 9 Marcos 12:41-44; Lucas 21:1-4.
- 10 Malaquías 1:6-13.

CAPITULO 7

EL DON DE LA GRACIA Y SUS DONES

A lo largo de nuestro estudio dos cosas se han hecho evidentes. La primera es que la doctrina de la mayordomía se inserta concretamente en la realidad material de nuestra vida. Se hace muy específica en el campo del dinero. La segunda es que ella no puede ser contenida dentro de los límites estrechos de nuestros bienes materiales, sino que los rebasa en todas direcciones. La vida es indivisa y la soberanía de Dios se extiende sobre todo nuestro ser. Por eso los límites no aparecen señalados con gruesos trazos, como sucede en algunos mapas. Al contrario, son tenues y con frecuencia se desvanecen y antes de darnos cuenta ya los hemos traspasado. Esto nos ha ocurrido en toda la trayectoria. En este último capítulo dejaremos ese territorio atrás para adentrarnos en el del don de la gracia y de sus dones.

Pero antes de ello una aclaración más: En este trabajo nos hemos limitado, por razones de método, a la mayordomía personal. Nos hemos dirigido al problema familiar tuyo y mío, preguntándonos: ¿cómo proceder cristianamente en el manejo, consecución y empleo de los bienes materiales? Pero tampoco desde esa perspectiva reducida podemos poner fronteras infranqueables. Nuestra responsabilidad no termina ahí. Somos miembros de la Iglesia, la cual como comunidad por una parte y como institución por la otra, tiene también una responsabilidad de mayordomía que ejercer. Muy largo camino nos haría recorrer el plantearnos los muchos y diversos problemas que la administración del dinero en la política general de la Iglesia nos obliga a encarar. La gama se estira desde la congregación local hasta el Consejo Mundial de Iglesias, pasando por las administraciones regionales, nacionales y denominacionales. Es claro que eso cae fuera del propósito de este librito. Pero aun aquí no acaba, pues somos miembros al mismo tiempo de la comunidad secular. Las naciones también tienen que ejercer su mayordomía y está visto hoy que ellas no se dan abasto para la inmensidad de la tarea sino que se requiere la colaboración internacional, mundial, global. Problemas como los que presentan la ecología; el hambre de densas porciones del mundo; la proliferación de armas atómicas de las cuales (al igual que ciertos desechos de la industria) no es fácil desprenderse sin grave daño para la existencia humana; la

guerra, cada vez más inmisericorde; la tecnología científica, que los futurólogos nos anuncian termina en fracaso total, si no en la extinción de todo rastro de la vida en este planeta; son algunos de los asuntos que empeñan el estudio y la preocupación de los mejores cerebros de nuestra época. En el fondo, todos ellos son problemas de mayordomía. Y dejo aquí las ventanas abiertas mirando a la distancia, hasta “donde la vida se pierde”, las dilatadas regiones a donde nos lleva la fe cristiana al confesar: Jesucristo es el Señor.

* * *

Entremos entonces, en la materia de este capítulo final. De todos los dones que nos ha dado Dios, -y son más que las estrellas de los cielos y los granos de arena de las playas, y por lo tanto mucho más de lo que podamos advertir y comprender- el mayor de todos es el don supremo de sí mismo en Jesucristo. Eso es el Evangelio. Eso es la manifestación de su infinito amor.¹ En Él nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable²; de la desesperanza a “la regeneración por una esperanza viva”³; de la tiranía del yo, a la “libertad gloriosa de los hijos e hijas de Dios”⁴; de la sujeción al temor y a la muerte, a una vida de plena confianza en Dios; de una vida que no es vida, a la vida que lo es en verdad, para aquí y la eternidad.

Todo esto está resumido en la palabra gracia, que no es otra cosa que la generosidad de Dios hacia nosotros y que el Nuevo Testamento nos declara que es suficiente para cualquier situación, emergencia o necesidad nuestra. Hallábase el apóstol Pablo afligido por lo que él llama “una espina en la carne”. No sabemos si se trataba de una enfermedad o de un problema de otra naturaleza. Nos dice que por tres veces pidió a Dios que le fuera removida. Pero la respuesta que recibió fue ésta: “Bástate mi gracia, porque mi potencia en tu debilidad se perfecciona”⁵ Más adelante declara: “Cuando soy débil, soy fuerte... Pero no yo, sin la gracia de Dios en mí”.⁶ No es extraño que ante la gracia de Dios manifestada en el amor y generosidad de los hermanos el apóstol exclame: “Gracias a Dios por su don inefable”⁷ en los dos sentidos de este vocablo: inexpresable e inagotable.

Tres responsabilidades nos impone la mayordomía de la gracia. La primera, preservar la pureza del Evangelio cuyo hondo contenido intelectual no puede ser modificado al paladar de cada época o cultura. Siempre tenemos la tentación de importar ideas foráneas en boga en la cultura circundante para luego revestirlas de la autoridad del Evangelio. Esta tarea nos obliga, en consecuencia, a un serio estudio bíblico.

La segunda obligación, es la de participar el Evangelio a otros. “De gracia recibisteis, dad de gracia”⁸. Fuérganos esta faena a tomar en cuenta las formas de pensamiento

de nuestra época y cultura. (De ahí la tentación mencionada en el párrafo que antecede). Pues únicamente de ese modo podemos establecer la comunicación, la cual, claro está, no se reduce a palabras o conceptos, sino que se vale también de actitudes y gestos hasta comprometer la totalidad de nuestro ser. En la comunicación queda atrapada la vida entera con su actividad y su oración. Fidelidad a esta misión puede obligarnos a secularizar el lenguaje, mientras metemos la fe en los niveles más hondos de la vida para que todo sea para “la gloria de Dios”¹⁵. Liberados de todo apremio psicológico, nos armaremos de paciencia aguardando el momento de una profunda comunión con nuestros semejantes, el momento en que nos abrimos ambos. Y así en ese contacto bien personal, pronunciar con labios agradecidos el Evangelio.

La tercera obligación, es acrecentar nuestra recepción de la gracia. Forzoso es volver siempre a la fuente del contacto íntimo con Dios. La oración, el culto de la Iglesia, la comunión fraternal, la Mesa del Señor, la lectura de las Escrituras, todo ello nos es dado a este fin.

* * *

Pasemos ahora a considerar la mayordomía de los dones que nos ha dado Dios, que no son los mismos para todos, ni están repartidos en forma pareja. Pero hay un don que todos tenemos en igual medida, aunque no sepamos todos usarlo con la misma intensidad. Me refiero al don del tiempo. Muy manida es la excusa: “No tengo tiempo”. Todos tenemos tiempo: lo que es desigual es nuestro uso de él. Toda vez que he necesitado la colaboración de alguien para llevar a cabo una tarea, no tenía otro recurso sino apelar a los más ocupados, pues los que de más tiempo libre disponían, nunca “tenían tiempo”. Con el tiempo ocurre lo que con el dinero: el desorden lo despilfarra. En ambos, se necesita una jerarquía de valores y una muy concienzuda obediencia a la dirección de Dios. Tu tiempo no es tuyo, es del Señor.

Tres anécdotas que recoge F. W. Boreham de Australia⁹, ponen de relieve aspectos de una buena administración del tiempo. La primera es una experiencia de sus días de estudiante. Los fines de semana debía trasladarse a un pueblecito apartado, para dar atención pastoral a una congregación cuyo anciano pastor había fallecido. Paraba entonces en la casa de la viuda de ese pastor. “Muchas veces”, nos dice Boreham, “de noche sentados junto al fuego la anciana mientras revolvía las brasas, solía decirme con cierta melancolía, pensando quizás en alguno de los errores de su marido: “Hijo mío, busca tiempo para ti mismo”. Dios nos da tiempo para nosotros y nuestras familias, para disfrutarlo y descansar y recrearnos, además de trabajar y

esforzarnos. “Busca tiempo para ti mismo”¹⁰. En el Eclesiastés, hay un pasaje dedicado al tiempo, donde se enumeran algunas de las variadas experiencias que entran en él y luego dice: “Yo he conocido que... no hay cosa mejor que alegrarse y hacer el bien en su vida; y también que es don de Dios que todo hombre coma y beba y goce del bien de toda su labor”¹¹.

La segunda, es la historia de un comerciante, Grierson, que tuvo un gran desencanto cuando su hijo, de quien esperaba fuera su sucesor para descargar sobre él la responsabilidad y autoridad de su empresa, le comunicó su decisión de entregarse al pastorado. Grierson era un hombre cristiano, lo cual no le impidió experimentar una honda decepción. Guardaron padre e hijo un inmenso silencio que fue roto cuando, al fin, el padre dijo: “Bueno, Vic, ¡sea! si esa es la voluntad de Dios para ti. Irás adelante y me dejarás muy rezagado en este mundo en medio del polvo de los depósitos y de las preocupaciones por pérdidas y ganancias. Pero cuando seas pastor, Vic, busca tiempo para los hombres comunes como yo”. Otros necesitan de nuestro tiempo; no podemos, si somos cristianos, retaceárselo. Vivir para otros es la orientación que nos dejó abierta Jesús. Busca tiempo para tus semejantes¹².

La tercera, viene del año 1317. La escena es un jardín del monasterio de la abadía de Fountains. El abate Bautista Agustino, frizando los noventa años, medita una tarde de comienzos de la época estival, junto a una correntada de aguas, apoyado en su bastón, cuando es interrumpido por el hermano Jerónimo, quien le presenta a un nuevo monje. Conversan el anciano y el joven y aquél le dice a éste: “Hijo mío, busca tiempo para Dios. Las vigiliyas y ayunos no son Dios. Te pueden conducir a Él, o de Él separarte. Pero es sólo en Él que puedes vivir la vida que lo es en verdad. Haz que el objeto primordial de tu vocación sea andar con Él. Que cada deber te conduzca a Él. Busca tiempo, busca tiempo para Dios”. Fue el último día del anciano abate, e Hilario recordó estas palabras hasta el fin de sus días. “Busca tiempo para Dios”. En la catedral de San Pablo, en Londres, está el cuadro de Hunt, titulado: “La Luz del Mundo”. Ahí aparece el Rey de Reyes llevando la luz y llamando suavemente con el dorso de la mano ante una puerta cerrada, sin pestillo del lado de afuera.¹³ ¿No es verdaderamente trágico que tantas veces llame Él a nuestras puertas y que no le atendamos por estar entretenidos y ocupados con otras cosas y que se cumpla en nosotros aquello de “a lo suyo vino y los suyos no le recibieron”?¹⁴. ¡Busca tiempo para Dios! Con todo, no puedes buscar a Dios aisladamente. Cuando buscas tiempo para tus semejantes y para ti mismo estás buscando también tiempo para Dios. Hecha esta salvedad de no poder separar los

elementos de esta trilogía de ilustraciones, la tercera sirve para recordarnos la necesidad de hacer un alto para escuchar a Dios y de Él recibir órdenes. Es más todavía: Únicamente el sentido de la total pertenencia a Dios de nuestro tiempo, nos permite tener una concepción y más que una idea, una actitud unificada de la vida. La separación, pues, del tiempo dedicado a Dios, al prójimo y a nosotros, es artificial y no responde a la realidad. Únicamente nos sirve para poner en claro nuestras ideas.

No es el tiempo cosa sólida que podamos tener en nuestras manos para guardar y proteger, mientras mantenemos en suspenso una decisión. Somos lo que son nuestras decisiones o nuestras indecisiones pues “no decidir es decidir”. El modo de emplear el tiempo define nuestro carácter. De ahí que el tiempo y el ser se fundan en una sola realidad. Es posible que con los momentos del tiempo que dejamos escurrir, dejemos también que se nos vaya algo de nuestro carácter. Corriente fugitiva es el tiempo que arrastra consigo ingredientes de nuestro ser.

Insértase aquí la cuestión de nuestro trabajo. Cuando se habla de que en unas vocaciones todo el tiempo está dedicado a Dios (por ejemplo, la vocación al ministerio o al servicio social cristiano) se usa de un lenguaje sumamente peligroso. ¿Quiérese decir acaso que las demás actividades pueden para el cristiano no estar dedicadas a Dios? La santidad de todas las vocaciones –cristianísima doctrina– supone la consagración de todo el tiempo a Dios. Si a toda la congregación se la invita a cantar: “Que mi vida entera esté dedicada a ti Señor”, también se la invita a continuar en esta vena: “Que mi tiempo entero esté dedicado a tu loor”. Corre esto parejas con la exhortación paulina: “Todo lo que hacéis sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por Él.”¹⁵ Para el cristiano jamás puede haber legítima actividad no cristiana. Si viviéramos con genuino sentido de mayordomía, nuestro tiempo y trabajo serían transfigurados por la capacidad que ello nos diera de poner nuestro espíritu en lo que hacemos y sembrarnos en las tareas que tenemos que realizar, e insuflaríamos vida y espíritu incluso a la actividad más polvorienta y rutinaria, descubriendo, de paso, el sentido de nuestras labores.

Cuadra hablar aquí de la mayordomía de la influencia y del ejemplo. Todos de alguna manera influimos sobre alguien, o sobre muchos. Influencia tal, tampoco puede ser una entidad autónoma. También ella pertenece al Señor y nos echa encima la responsabilidad de ejercerla con mayordomía. Nadie desestime su importancia. Durante la guerra, al refugiarse los barcos en las sombras de la noche, les estaba vedado a cuantos iban a bordo encender un cigarrillo, pues la luz de éste

llega muy lejos y podía así delatar al enemigo la presencia de la embarcación oscurecida. Nadie puede medir de antemano el alcance de su influencia.

Entretanto, el tiempo pasa. Debajo del reloj de un colegio, en una sala de estudios, se ha colocado este sabio apotegma: “Las horas pasan: daréis cuenta de ellas”. Todo el tiempo estamos escribiendo en las páginas del libro de la vida; y lo escrito ahí será llamado a juicio.

Nuestra persona es una inversión de Dios y Él espera resultados. El don de nuestra persona es único e irrepetible. No hay dos personas iguales; de ahí que nadie pueda desempeñarse en la vida de la misma manera que tú o que yo. Nuestra contribución es pues, **sui generis**. Esta unicidad acentúa nuestra responsabilidad, desde que si nosotros no actuamos puestos a la disposición de Dios, hay cosas que nadie en el mundo hará. De ahí que más encumbrado aún que el “conócete a ti mismo”, preñadísima sentencia del oráculo de Delfos, corroborada por el “acéptate a ti mismo” de la psicología moderna, se encuentra el “date a ti mismo” que brota de la fe cristiana. Date a Dios y al prójimo en amor y servicio, que de este modo te hallarás a ti mismo y realizarás el sentido más hondo de tu ser. ¡Que eso es precisamente lo que ha hecho y hace Dios!

* * *

Pasemos ahora a los dones más concretos que la Biblia menciona. La palabra griega por la que se traduce “don” es **carisma** y literalmente significa: “un regalo de la gracia”. Los **dones** que tenemos, o para emplear la figura que Jesús hizo clásica con su parábola de los mayordomos¹⁶, los **talentos** que hemos recibido, o aun –si queremos decirlo en términos seculares- las **capacidades** que tenemos, son algo que Dios ha puesto en nosotros y no producto de nuestra manufacturación. Ya lo dice el viejo aforismo español: “Lo que natura no da, Salamanca no presta”. Nadie puede fabricarse un don. Lo único que puede y debe hacer es cultivar los que tiene para que se tornen más eficientes; pero ellos mismos nos han venido de balde. Los traemos con nosotros a veces antes de nacer y no cabe envanecerse de lo que uno por gracia ha recibido.

En la Primera Epístola de Pedro se nos exhorta así: “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a otros como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios... para que en todo sea Dios glorificado”¹⁷. Observemos la expresión: **la multiforme gracia de Dios**. Indícanos ella que nuestros dones son variadísimos. “Por tanto hay variedad de dones” dice a los Corintios el apóstol Pablo¹⁸ y pasa a darnos una lista que se incrementa con lo que enumera en Romanos y en Efesios¹⁹.

En estos pasajes figuran los siguientes: de la palabra, de sabiduría, de ciencia, de fe, de sanidad, de milagros, de profecías, de discernimiento, de lenguas, de interpretación, de administración, de servicio, de enseñanza, de exhortación, de reparto, de generosidad financiera, de misericordia, de presidencia, de evangelización, de acción pastoral. Ni se crea que es exhaustiva esta lista. Variada como la actividad humana es la multiforme gracia de Dios.

En el Éxodo²⁰ se nos habla de Bezaleel, hombre a quien el Espíritu de Dios dotó de sabiduría y capacidad para “el arte, para proyectar diseños, para trabajar en oro, plata y bronce y en la talla de piedras de engaste, y en obra de madera, para trabajar en toda labor ingeniosa”. Y se le adjunta a Aholiab que a su vez tiene “arte e inventiva” para “bordar en azul, en púrpura, en carmesí, en lino fino y en telar, para que” juntos “hagan toda labor e inventen todo diseño”. Queda ahí igualmente expresado el propósito de todos estos dones: “para que hagan todas las cosas que el Señor ha mandado”. Ya en el Génesis²¹ en una lista genealógica se menciona a Jabal, padre de cuantos habitan en tiendas y crían ganados; a Jubal, padre de todos los que tocan arpa y flauta; a Tubal-caín, artífice de toda obra de hierro y bronce. En esta multiplicidad de dones asiéntase la diversidad de vocaciones.

Toda capacidad para cualquier cosa material, intelectual, artística, espiritual, o de lo que fuere, es obsequio de Dios y, por consiguiente, ni más ni menos importante que cualquiera otra. Tu talento no supera en dignidad al de tu hermano más o menos dotado que tú, ni es superado por el suyo. Paul Verghes de la Iglesia Ortodoxa Siria, comentando el pasaje de la Carta a los Corintios citado en último término dice: “Algunos miembros tienen dones menos espectaculares, lo cual de ninguna manera significa que son proporcionalmente menos esenciales”. Ya Pablo había dicho: “Los miembros más débiles, son más necesarios”.

Tras la vívida imagen del cuerpo y sus miembros y sus respectivas y diversas funciones, el apóstol habla de dones espirituales. ¿En qué se diferencian éstos de los naturales? La verdad es que no se diferencian. La diferencia estriba en la orientación que damos a su ejercicio y en el Espíritu que los impregna. Todo don natural, puesto a la disposición de Dios, de hecho, es un “don espiritual”. Toda capacidad queda espiritualizada al consagrarla a Dios. Teresa de Ávila, no distinguía sus actividades seculares de las espirituales. Decía ella: “Entre los pucheros anda Dios”, mientras se movía entre los utensilios de la cocina. El origen de nuestros talentos los hace a todos importantes; el destino que les damos determina si son o no espirituales.

Hay en el reparto de dones un misterio, de que da cuenta el apóstol Pablo al decir: “El mismo Espíritu reparte a cada uno en particular como Él quiere.” No puedo yo saber por qué tengo los dones que poseo, ni por qué estoy desprovisto de los que no poseo; como tampoco conocer la razón de tenerlos en mayor o menor grado que mi prójimo. Dios lo ha repartido según su buen placer, lo cual no significa que haya en ello arbitrariedad. Pero pertenece a esa esfera de “la multiforme sabiduría de Dios” donde nuestro entendimiento humano no puede penetrar.

Sigue el apóstol Pedro diciéndonos: “Cada uno, según el don que haya recibido minístrelo a otro como **buenos administradores** de la multiforme gracia de Dios.” Se trata de ser buenos administradores. En la parábola de los talentos, el juicio condenatorio cayó sobre el hombre que tuvo miedo de usar su talento y lo guardó enterrándolo. Lo dejó herrumbrar. Lo que Dios nos dio, es para ser usado y no para ser conservado inactivo. Repetimos: **buenos administradores**; recae sobre nosotros la responsabilidad de incrementar nuestra capacidad y por ende nuestra eficiencia administrativa. “Al que tiene le será dado y tendrá más; mas al que no tiene, lo poco que tiene le será quitado”, nos recuerda Jesús.²²

Nuestra fidelidad no se detiene en el punto de incrementar nuestros dones, sino que exige los administremos **para otros**. Caemos en lamentabilísima perversión cuando queremos usar nuestros dones para **nuestro** provecho: **nuestro** enriquecimiento, **nuestro** prestigio y fama, **nuestro** poder, **nuestra** influencia, **nuestra** comodidad, **nuestro** placer. Eso es robar a Dios. Los dones no son tuyos, ni para ti. Te fueron confiados para verterlos generosamente sobre otros.

No ha de despistarnos al respecto la versión de Valera al decir: que a cada cual le fue dado el don para **provecho**, pues se trata de un problema de traducción. Las diferentes versiones traducen diversamente el término griego: “para provecho común”²³, “para el bien común”²⁴, “para el provecho de todos”²⁵, “para algún propósito útil”²⁶, etcétera. En todo caso nos está dicho en Efesios²⁷ que los diversos ministerios fueron dados a la “Iglesia” a fin de perfeccionar a los santos para el ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”. Ahora bien, esto abarca aquel servicio que rendimos dentro de la Iglesia y aquél que ella presta al mundo. Se puntualiza en estos pasajes que todo cristiano tiene la obligación de enriquecer o edificar con sus dones al resto de la comunidad cristiana. Cristiano inactivo es un contrasentido. Todos tenemos algún don y la mayordomía establece que sea dedicado al beneficio de los demás.

Recordemos que ninguno de estos dones supera en importancia al de nuestra personalidad. Todos nos necesitamos unos a otros para crecer a la semejanza de

Cristo. Pero puede la personalidad ser muy desagradable, pobre y empobrecedora si no está redimida por Cristo. Personalidad autoconsagrada, egocéntrica y egoísta, es factor de desintegración. Sólo consagrada por entero a Dios será ella de bendición para otros, pues tendrá “el don más excelente de todos; el amor”. Termina el apóstol su sublime himno al amor diciendo: “Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor. Seguid el amor.”²⁸

Era Junípero un miembro, un tanto simplón, de la orden de los franciscanos. Hombre un poco torpe y huérfano de imaginación. Lo halló un día San Francisco muy abatido, sumido y amargado en el pensamiento de que no valía para nada. Muy comprensivo el gran cristiano le dijo: “Tú tienes el mejor don: un corazón amante. Levanta el ánimo.” Todos podemos amar a despecho de muchas cosas. El amor no sabe darse por vencido y sabe no existir caparazón tan dura que no le presente alguna fisura.²⁹

Ama y no te canses de amar. Ama, porque te ama Dios. Ama, porque Dios es amor. Y si amas de veras, estarás ejerciendo bien tu mayordomía en todos los órdenes de la vida.

“Yo bien puedo entender que un hombre diga: Aquel sillón con sus cómodos almohadones se ha llevado una parte de mi alma.”

(Alejandro Vinet)

NOTAS

- 1 Juan 3:16; Romanos 5:8; 2ª Corintios 5:19; 1ª Juan 4:10, etc.
- 2 1ª Pedro 2:9.
- 3 1ª Pedro 1:3 y ss.
- 4 Romanos 8:21.
- 5 2ª Corintios 12:7-9.
- 6 2ª Corintios 12:10; 1ª Corintios 15:10.
- 7 2ª Corintios 9:15.
- 8 Mateo 10:7.
- 9 F. W. Boreham, *The Drums of Dawn*; Abingdon; Nueva York.
- 10 1ª Timoteo 4:16; Proverbios 4:23.
- 11 Eclesiastés 3:1-15.
- 12 Véase Paul Tournier, *El personaje y la persona*. Edit. La Aurora; Buenos Aires, 1974.
- 13 Apocalipsis 3:20.
- 14 Juan 1:11.
- 15 Colosenses 3:17.
- 16 Mateo 25:14-30.
- 17 1ª Pedro 4:10-11.
- 18 1ª Corintios 12:1-4; 28-31.
- 19 Romanos 12:3-21; Efesios 4:7-16.
- 20 Éxodo 31:1-6; 35:30-36; 36:1.
- 21 Génesis 4:20-22.
- 22 Mateo 25:29.
- 23 1ª Corintios 12:7; Biblia de Jerusalén.
- 24 Id. El Libro de la Nueva Alianza.
- 25 Id. Dios llega al hombre (Versión popular del N.T.).
- 26 Id. The New English Bible.
- 27 4:12.
- 28 1ª Corintios 13:13-14:1.
- 29 Denis de Rougemont.